

## LAS VIRGENES CANARIAS

*Siete islas en la bruma  
les elevan su plegaria.*

En Capitanía, el despacho principal es alargado como una nave. Tiene tres balcones sobre cada banda, y el séptimo —junto a la mesa de trabajo— ocupa el sitio del mascarón de proa.

En la preciosa habitación que Weyler proyectó, su efigie está en un sitio preferente. Hay otros cuadros y un par de bustos; y hay recuerdos muy variados de la odisea de Nelson, herido en Santa Cruz de Tenerife el día del año en que España conmemora su Patrón, Santiago Apóstol (1). Entre dos vanos de babor, están las cartas del célebre Almirante y las respuestas del General Gutiérrez de Otero, que tenía a su cargo el mando civil y militar del Archipiélago y ejercía esporádicamente la defensa de la Plaza. En alguna de las primeras, Horacio Nelson —ya derrotado y manco— ofrece queso y barriles de cerveza al vencedor; y, en la última de todas, el español responde a la fineza en forma correcta.

\* \* \*

En la habitación hay buen ambiente.

La brisa corre, y se lleva los papeles. Pero, hay que estar con todo abierto durante el mes de julio.

Hoy no importa, porque el día está nublado; y esto sucede con frecuencia. El sol reluce poco en el Archipiélago canario. En Tenerife, en Gran Canaria..., las nubes se hallan siempre junto a las cimas; y, cuando ellas faltan, hay algo denso entre las islas. Estas, en efecto, suelen verse limitadas por una masa opaca.

---

(1) El entonces Comodoro Nelson intentó desembarcar en Santa Cruz de Tenerife el día 25 de julio de 1797.

No es fácil admirarlas —una cualquiera, desde su inmediata—, cuando hay calina o bruma en el espacio. Sucede con frecuencia lo contrario de lo que espera el forastero cuando llega al Archipiélago. El confía en hallar una atmósfera muy pura y una mar que reproduzca la enorme bóveda celeste; pero, en vez de eso, da con un celaje oscuro y una visera extensa que le oculta el firmanento. El propio Teide está cubierto, muchos días. Desde Guamasa —el delicioso club de golf que está a su vera— pocas veces se divisa la montaña. La galería está abierta hacia su frente; pero, a pesar de todo, la cima queda oculta. A más del capacete que la suele aprisionar, hay un viejo río de lava, por varias otras capas superpuesto, que no deja ver la base; es una rampa que elimina la majestuosidad que el volcán ofrece a quien lo mira desde el aire, o desde la Palma o la Gomera. Hay que esperar los días azules para gozar de su hermosura y darse cuenta de que hay más islas en Canarias. En tales días, todo cambia. Varía el ambiente, y varía el tono de la tierra. Todo brilla, cuando el cielo está muy claro. Brilla el semblante de los canarios. Ellos anuncian que hace hermoso, antes de preguntar por la salud. En Canarias, un solo día despejado vale más que varios meses de calina, o de bruma intransparente. Bruma a lo lejos, por supuesto, y que cubre lo distante. Bruma que dió lugar a que los aborígenes se hallaran solos mucho tiempo, sin relaciones, sin conocerse, ni quererse conocer. Los habitantes de Canarias han vivido siempre independientes. Las costumbres introducidas en cualquier isla por los piratas invasores o por los comerciantes que tuvieron el propósito de no moverse de ella, no pasaban a la otra. Los gomeros silvan, y se entienden a distancia con sus *silvos*. Emplean ese lenguaje desde antiguo; y, sin embargo, en el Hierro nadie silva, y en las demás islas tampoco. La comunicación canaria es obra de los hombres que han venido al Archipiélago más tarde. Es incompleta. Hoy incluso, Gran Canaria y Tenerife se entienden con frecuencia pasando por Madrid.

\* \* \*

Sigo en mi grata estancia.

De una parte, hay un jardín en que se dan los plátanos, las buganvillas y las rosas; y, de la otra, están varias docenas de laureles cuyas raíces apalancan duramente el núcleo principal del

edificio, y van agrietando poco a poco sus paredes. Estos árboles son grandes; son casi gigantes. Sus hojas proporcionan mucha sombra a la enorme plaza en que los chicos se divierten, y en que los hombres no recuerdan que la mañana existe. Los mayores, en efecto, pasan el tiempo en los varios kioskos instalados cerca del agua, y escuchan con frecuencia el ruido de la gente que se va hacia la Orotava.

Por la Rambla de Pulido, suben los turistas. Son extranjeros que visitan con fruición el Archipiélago. Son los únicos que pasan; pues los peninsulares sólo vienen por deber o por negocios. Taxis de lujo, autobuses y charabanes, llenos de marineros o de una chusma que no existe en su país original, suben a la Cuesta velozmente. Los ocupantes lo enfocan todo en sus «leicas», y admiran los racimos que bajan en camiones con objeto de embarcar hacia su tierra. El tráfico es enorme; y, el ruido, insoportable. Las bocinas tocan; las gua-guas retumban; los tranvías eléctricos chirrían..., y aun hay que agregar los gritos de la gente y el murmullo de lo ignoto. El conjunto atruena, y la calle cruje. Todos tienen prisa. Los conductores se rebanan y se cruzan como locos, para dar la vuelta a Tenerife en pocas horas o alcanzar la motonave cuya marcha no se puede retrasar.

La corriente sólo cesa cuando la nave zarpa. A partir de ese momento, la ciudad recobra su maravillosa calma, y la ocasión es favorable para conocer la ruta que han seguido los ingleses, los suecos y los americanos. Ellos soslayaron el magnífico «Mencey» por ver el campo y la obra que ha hecho el Teide y que muchos seísmos han completado; abandonaron las Cañadas porque sus relojes anduvieron muy deprisa. Ya se fueron; pero su fuerza es atrayente, y deja rastro; y, en pos de semejante rastro, tomo, en seguida, la carretera cuyos pueblos son jalones de la ruta que siguió el Adelantado, cuando conquistó Nivaria para España. Sigo la ladera cuyas fincas llenan de plátanos varios puertos extranjeros. Me detengo en la Matanza y en la Victoria, y en la trinchera colorada en que hay un Santo Cristo que veneran los braceros. Me paro en todas partes para ver como trabajan los canarios y admirar un panorama que ellos no han podido contemplar.

El hotel Taoro, el parque en que se encuentra, los jardines que circundan ese parque, y —sobre todo— la playa de Martiánez, son los objetivos de un paseo que he de dar no pocas veces mientras siga en Tenerife.

La playa es muy pequeña, y no tiene salida. Está llena de rocas. Se llama playa, porque no hay otra en sus inmediaciones. Sus colores son variados; son violentos. Son los colores que Bonnia nos ha ofrecido.

Alrededor del cuadro, la costa se levanta.

El promontorio más cercano está enrojecido por los siglos. Duramente socavado por el aire comprimido en las cavernas de la costa, su extremo se ha convertido en mero islote: un faro destacado en plena mar, que no funciona. Y lo curioso es que todas las Canarias tienen peñas semejantes. Son grandes conos —o troncos de pirámide— que van desmoronándose despacio y que cederán su puesto a otros siguientes e interiores. Se llaman «roques». Son las etapas de una obra gigantesca realizada por el agua, que alisa hasta las piedras que se mueren en su fondo. No se ven desde la costa, y no figuran en los planos. Para fijarlos, hay que circundar las islas y tropezarse con su masa, o instalarse en cada punta —como es Martíáñez— a fin de ver la que le sigue; y la que le sigue, en este caso, es la de Sauzal: final de un río de escoria más elevado que los restantes: con menos plataneras por lo tanto, y con más árboles y flores.

Es una mar *sui generis*, la que se ve desde Martíáñez. Junto a una playa negra, hecha de lava y de ceniza, las olas rompen siempre en diferentes direcciones. Parece que se trata de una mar que el hombre se ha compuesto para adornar debidamente el maravilloso marco ofrecido por la costa tinerfeña. Un cuadro futurista no daría más reflejos ni más encontronazos de las ondas, ni tantas cosas anormales como las que se divisan —a todas horas— desde la playa de Martíáñez. En días de calma, hay tanta espuma como en días de marejada; y el blanco de esa espuma no varía. Varía, en cambio, el color restante, que salta en pocas horas de azul a verde, y, dentro de azul y verde, pasa por varios tonos y diversos claroscuros. La agitación es increíble. Diríase que la desembocadura de un caudaloso río ha originado unas corrientes violentísimas, o que el Teide ha renunciado a su privilegio para cederlo a varios cráteres que están bajo la mar, y que emana de ellos lo preciso para teñir la superficie, y el calor indispensable para que todo hierva eternamente.

Con tiempo despejado, el azul de mar es como azul de llama, que junto al amarillo, al naranja, al verde y aun al índigo, hacen

creer al que no mira con sosiego, en la aparición del rojo vivo que sólo surge cuando la brasa queda libre de ceniza.

En conjunto: una orgía de colores, que se atenúa cuando la bruma cubre con su manto la superficie líquida y borra los trazos de tanta mancha blanca, azul y verde. Entonces, el panorama pierde su relieve, y se empaña bruscamente.

Un cristal cubre la mar, y aplasta las arrugas. Y todo queda como estaba.

\* \* \*

A consecuencia de la bruma, las islas no se ven. Están como de espaldas, unas a otras; y, cuando se adivinan, se zahieren. La de San Borondón fué la única inspiradora de interés o de cariño. Se la quería, porque no estaba donde alguno quiso verla. Apareció en la bruma, un día en que esa bruma era muy densa; y nadie pensó que el hecho de no verla en días claros se debía a su inexistencia; y nadie lo pensó porque las islas no se miran, sino a través de la neblina que las ampara eternamente contra la crítica emitida por las hermanas, y hermanastras.

Así las vírgenes canarias tampoco se conocen. Alguna se figura que Ella sola patroniza el Archipiélago; y es que la bruma ciega a los que la veneran, y no les deja ver que hay otras vírgenes, también con romería, con gigantones y con bailes, y con mucha fiesta que no acaba. Cada Santuario dice que la imagen cobijada en su recinto se ve a través de la neblina en todos lados, porque la Virgen quiso que esa imagen fuera su Imagen verdadera en este mundo; y hay que creer lo que Ella quiso que creyeran sus canarios.

\* \* \*

Don Domingo se ha enfadado, y tiene razón. Dice que antes de seguir la ruta que eligen los turistas y de admirar el panorama tinerfeño, he debido visitar la iglesia de la Candelaria y dedicar siquiera un «Ave María» a la Santísima Patrona del lugar en que residí.

Don Domingo Pérez Cáceres, Obispo de mi Diócesis, vendrá a buscarme una mañana para presentarme a su adorada Virgen, y para enseñarme la mansión que él la prepara. Pero, antes, quiere que yo sepa de qué modo se pasó la historia para que Nuestra

Señora de la Candelaria se hallara en la isla desde antes de que fuera conquistada, y que estuviera así como esperando a otros canarios y a los españoles que desembarcaron bajo el mando del famoso Capitán y Adelantado, Alonso Fernández de Lugo. Y lo que él me cuenta, aquí repito.

La crónica asegura que la Imagen se apareció a los tinetfeños hacia el 1400 de la Era nuestra, o sea algo más de cien años antes de que Tenerife estuviera ocupada. El hecho se verificó *en un lugar desierto y seco... a la orilla de la mar... junto a una playa... a la boca de un barranco... y sobre una piedra...* (2). Iban dos naturales por la costa repastando su ganado (3), cuando éste comenzó a remolinarse y a no querer seguir. Entonces, uno de aquellos individuos se adelantó a buscar la causa del hecho acaecido, y vió una sombra que le pareció mujer. Se detuvo unos segundos, y pidió a la sombra que se apartara, pues no quería incurrir en el castigo merecido a los que hablaban a mujeres que iban solas por el campo. Mas como quiera que ella siguió en su sitio, él hizo el ademán de amenazarla o de lanzarle alguna piedra, con lo que en vez de conseguir lo que deseaba, *sintió su brazo yerto y extendido, y no lo pudo rodear* (4). Su compañero, entonces, se acercó a la sombra, y, viéndola figura, trató de hierla con otra piedra, pero su esfuerzo se revirtió en herirse él mismo, y cuanto más hacía por romper los dedos de la estatua, más corría la sangre por los suyos.

Los pastores dieron cuenta de los hechos al *mencey* (5) de Güimar, Acaymo, que decidió poner la imagen en lugar decente y apropiado al suceso acaecido. El monarca y los reunidos se fueron a la costa; y, una vez llegados a la zona inhóspita en que el busto de la Virgen había dañado a los pastores, todos se pararon, sin acercarse, ni atreverse a tocar el busto. Acaymo, entonces, ordenó al herido y al del brazo inútil que levantaran esa efigie de la Dama, y la transportaran a la cueva de Chinguaro, en la que había sido puesta una hermosa piel de cabra, bien tendida y estirada, sobre el suelo. Obedecieron ambos hombres con muchísimo

---

(2) FRAY ALONSO DE ESPINOSA: *Historia de Nuestra Señora de la Candelaria*, página 51.

(3) *Idem, Id.*, página. 51.

(4) *Idem, Id.*, página. 52.

(5) Título que ostentaban los principales jefes de distrito en Tenerife.

recelo; y cuál no sería la admiración de todos al observar que apenas en contacto con la imagen referida, los dedos del primero dejaron de sangrar y el brazo del segundo volvió a moverse.

Nadie conocía los milagros. Por lo tanto, nadie pensó en la fuerza espiritual que emana de una Voluntad Divina, cuando Esta quiere aleccionar a los pequeños súbditos terrestres; y hubieron de pasar algunos años, antes de que todos comprendieran lo ocurrido.

\* \* \*

Como cosa sobrenatural que era esa imagen para los naturales de la Isla, éstos hubieron de ofrecerle lo mejor que allí tenían; y, así, reunieron, cerca de Igueste, no lejos de la cueva de la Virgen, más de cuatrocientas cabras hermosísimas, a las cuales fué asignado un sector de pasto inmejorable y que fueron protegidas castigando con la muerte a quien osara apoderarse de una de ellas. Y en esta forma siguió todo hasta mediado el siglo xv. Siguió de esta manera hasta que un día apareció un mozuelo tinerfeño con vestidos de cristiano, el cual, llevado a Lanzarote por alguna expedición desembarcada anteriormente, se había educado en la religión de Cristo y manifestaba un gran fervor en todo cuanto estaba relacionado con ella; y, por eso, cuando sus paisanos lo encontraron, ya crecido y regresado a su tierra natal, lo llevaron a la imagen a fin de que explicara lo que supiera de ella.

Antón, cuando la vió, se hincó en la tierra. Estuvo en silencio mucho rato; y, al fin, alzándose, dijo a los tinerfeños lo que sigue: «Esta Señora es *Achmayex...*, *Achamán...*, la madre del «Sustentador del Cielo y de la Tierra». En ella los cristianos tienen puesta su esperanza, y pues tal prenda tenéis en esta tierra, conservadla y agradadla para que por su medio e intercesión vengáis a conocer el verdadero Dios, que es el *Guayaxerax* que confesais...» (6).

En tales circunstancias, los cristianos instalados en Lanzarote se enteraron de que había, en Tenerife, una virgen milagrosa; y Sancho de Herrera, que gobernaba a la sazón aquella isla, trató de establecer cordiales relaciones con los que la tenían en su poder. Así lo hizo; y, esto conseguido, pidió a los naturales que le en-

---

(6) FRAY ALONSO DE ESPINOSA: Ob. cit., página 62.

tregaran la santa imagen que de hecho era cristiana, y sólo cosa de cristianos. Hubo largas discusiones, porque al tiempo que los unos pretendían ceder y evitar de esta manera más disturbios, los más decían que era indigno abandonar una reliquia que había reportado muchas ventajas y no había originado el menor disgusto. Mas, entretanto, nuevos cristianos decidieron operar por cuenta propia. Asaltaron el lugar en que la imagen se encontraba; y, embarcándola de prisa, dieron con ella en Lanzarote.

*Todos se regocijan de aquel hurto inestimable, que serena el aire y da nueva luz al Sol* (7). La Virgen es llevada en solemne procesión a la capilla parroquial del Salvador, y colocada en medio de su altar. Pero una *epidemia de modorra* (8) que por entonces principió y de la que muchos fallecieron, fué atribuída al hecho de que Nuestra Señora no estaba satisfecha en Lanzarote. Y, entonces, Sancho de Herrera la restituyó a Nivaria; y aun dice la crónica que el hecho fué llevado a cabo sin que el *mencey* de Güimar se hubiera percatado de lo ocurrido. Era tan grande su cariño por la imagen, que los suyos nunca osaron darle cuenta de de la ausencia.

\* \* \*

Todo eso, y otros episodios acaecidos en el tiempo en que las islas no se habían cedido a la Corona de Castilla, me contaba don Domingo mientras nos alejábamos de la ciudad de La Laguna —antigua capital del Archipiélago— y remontábamos la carretera que se aparta de la costa y sigue la divisoria principal de Tenerife. Se trata de un camino que fué construído en época reciente para fines militares y que merece por sí solo un viaje a las Canarias. Su cota media alcanza 1.800 metros. La vista lateral que ofrece es admirable cuando la mañana es como hay pocas en el año; pero, en general, la gran visera queda abajo y el coche rueda por encima, acercándose despacio al majestuoso Teide. Una vez en las Cañadas, la carretera mencionada bordea el coloso, abriéndose camino por entre las corrientes que emanaron de su cumbre y dieron lugar a enormes variaciones topográficas; y es que los ríos producidos

---

(7) FRAY ALONSO DE ESPINOSA: Ob. cit., pág. 74.

(8) Idem, íd., página 75.

por las erupciones sucesivas aprovechaban nuevos cauces y complicaban siempre más el panorama. Es lógico, las Cañadas se hallan dentro de un inmenso cráter. El Teide emana de su centro; y, hay que subir hasta su cumbre, a fin de ver lo que la bruma deja libre. El efecto es sorprendente. Parece estarse en otro mundo, y aun lejos de la Tierra.

El descenso, por Villafior y Granadilla, es bastante rápido. Hay una arboleda hermosa, que aquí se llama bosque. Pasamos por las nuevas tomateras que nacen a medida que los caños van llegando y que las acequias se construyen. Es tierra que hace poco era desértica, y en la que ahora hay huertas y algodones, y zonas en que se hacen experiencias cafeteras. El Señor Obispo me la enseña, y me explica la labor llevada a cabo. La conoce a fondo. Me dice la batalla sostenida contra los militares, que antes maniobraban en la parte que hoy está en pleno trabajo, y, sin palabras, me detalla la derrota que han sufrido —y siguen sufriendo— los que de año en año van retirándose hacia el sur de Tenerife, como huyendo del trabajo realizado por el hombre.

Pasamos a la vera de la aldea en que él nació, surgida entre torrentes de negra escoria, que varios miles de años han transformado en tierra cultivable. Luego, bordeamos la casucha en que administró por vez primera a un moribundo —un chico joven, con la cara y la boca desencajadas por la fiebre tifoidea—; y, en fin, atravesamos la ciudad de Güimar, de la cual fué cura párroco durante mucho tiempo. Son sus campañas, que yo no entiendo. Las recuerda con bastante más fruición que yo las mías, y aún me gana en meditar sobre el futuro: sobre el día en que termine la basílica, y su cuarto esté acabado, y pueda rezar a su adorada Virgen sin moverse. Confía, en efecto, en ver a cada rato —y simultáneamente— la Candelaria y el Océano Atlántico: océano que limita una isla cuya orilla se asemeja a la del Universo, y Virgen que protege a los canarios desde que supieron venerar a Jesucristo.

Me acerca hacia el altar de su Damita guanche, y me dice que la quiere más que a todo en este mundo. Me lleva hasta la playa en que las olas se deshacen, y me hace comprender lo que se siente cerca de ellas. Es patriota cien por cien. Quiere a España como nadie; la admira y la respeta. Mas, Tenerife es lo primero. Lo otro, sigue. El Archipiélago, la Península y todo el Continente. ¡Cuánta cosa interesante! ¡Cuánta cosa lejos; al otro lado del mar y de la bruma, o detrás de la calina! Cosas que otros tienen

cerca. «Pero, no es lo mismo», dice otra vez, y muchas veces. «Esta isla es diferente...»

Lo dice con fruición. Y aún añade que antes de morirse, verá desde su cama la Virgen triste reclinada sobre el Niño y la orilla de la tierra en que nació; y se irá tranquilo.

\* \* \*

Santa Cruz de Tenerife ha nacido en punta. A un lado estorban las colinas verticales, que se enlazan —hacia atrás— con las de Anaga; y, al otro, ha surgido una importante factoría que impide todo desarrollo. Por eso, la población sube la cuesta —va trepando poco a poco— en vez de ampliarse cerca de la mar. Va subiendo en busca de la antigua capital del Archipiélago, a la que se unirá a pesar de su eterno antagonismo.

Santa Cruz se siente incómoda, pero no puede remediarlo. Su muelle «Norte» es paralelo al litoral, y, sin embargo, los bloques se fondean— a fin de prolongarlo— a treinta y tantos metros de profundidad. El otro —llamado del «Este»— apunta por detecho hacia la mar; pero, a doscientos metros de la roca de que parte, se para de repente, abrumado por los millones necesarios para abrirse paso afuera y proteger del viento las naves panameñas, norteamericanas, italianas y españolas, que llegan diariamente en busca de fruta o de combustible, o traen ingentes cantidades de petróleo para la refinería.

Todo el que llega se pregunta que por qué se hizo ese puerto junto al Bufadero, en vez de hacerlo en mejor sitio. Pero, el que tiene la paciencia de recorrer toda la isla se convence de que no hay un solo entrante, ni un remanso. Y, en las demás islas canarias pasa igual. Los navegantes que lograron dar a España este vergel, recorrieron varias veces cada costa, jugando al escondite con los vientos; y los otros navegantes anteriores —los que llevaron a la gente que luchó contra nosotros— también siguieron de seguro aquella táctica: mas, entre éstos, muchos, en no llegando a tiempo, se hundieron sin que nadie lo supiera.

En tales condiciones, Santa Cruz no puede disfrutar de su postura. Su preciosa plaza, su hermoso parque, su avenida de colores, sus calles paralelas y floridas, el club marítimo y el paseo junto al agua, merecían hallarse en otra zona más frondosa o menos cas-

tigada por la escoria y por el viento. No obstante, el muelle abarrotado con tanto barco es el premio concedido al sacrificio. La entrada aumenta cada día, y casi siempre hay varios petroleros esperando un puesto libre para zafarse de su peligrosa carga.

El crudo llegado de América pasa por sistemas y operaciones sucesivas, a fin de convertirse en gasolina, fuel, gas-oil, asfalto, etcétera. La instalación original fué establecida en 1930, y las ampliaciones corresponden a los años 1935 y 1951. Cada una de éstas viene a duplicar las cantidades de productos iniciales, y, además, ofrece cantidades muy diversas de benzol, tolueno e hidrocarburos de varios tipos. En las torres de fraccionamiento, los carburantes se superponen con arreglo a sus densidades. El calor indispensable para las operaciones mecánicas se obtiene con auxilio de combustibles fabricados en la propia factoría, y el agua utilizada para las condensaciones sucesivas —más de 5.000 toneladas diarias— proviene de los pozos y de las galerías pertenecientes a la fábrica. En fin, los productos elaborados pasan a la Campsa, a los puertos de Africa (Marruecos y Guinea) y a las numerosas naves que se abastecen en Las Palmas y en Tenerife (9).

\* \* \*

El muelle de ribera va de prisa. Pero, no cabe en él lo que se va ni lo que viene.

Las *seretas* con tomates bien envueltos y las *empaquetaduras* con las piñas casi verdes, lo llenan todo y no dejan pasar; y aún hay una columna de camiones que termina hacia el Cabildo, y espera noche y día la hora de vaciarse.

Se llega a bordo, cruzando callejones y un laberinto complicado. No hay espacio suficiente para ver la nave. De bruces, se da con ella, como si estuviera en tierra firme, varada entre pilas de madera y paquetes de cemento.

Cae la tarde, cuando subo al cañonero. Y, de pronto, el ruido originado por la cadena que se arrolla al cabrestante, se confunde con el de los motores que inauguran el paseo que nace al pie de Santa Cruz.

---

(9) Unos 1.500 barcos españoles y 800 extranjeros entran en Canarias anualmente.

El puerto es estrecho y la maniobra no es sencilla. Un frutero enorme está atracando en el saliente opuesto, entre una motonave belga y un petrolero sueco. Y hay que esperar que acabe para salir cómodamente.

\* \* \*

El *Vasco Núñez de Balboa* vira hacia el norte para seguir la costa tinerfeña y aproar después al Hierro. Bordea un acantilado que se derrumba hacia la entraña de la mar y cuyo aspecto es intensamente lúgubre. No hay aldeas a la vista, porque no hay planicies ni valles en que haberlas instalado. Los pueblos yacen en la altura; están perdidos en las agrestes rinconadas de la sierra que hicieron célebres los cuadros de Martín González. Desde ellos —inversamente— la mar no se divisa. Poca gente en Tenerife se preocupa de esa mar. Antaño era el camino de las naves que llegaban con piratas dispuestos a llevarse lo existente y, por capricho, a incendiar lo que no entraba en la bodega de los viejos galeones. Y aún hoy mismo, la mar se muere. Hay que rebasar el solo faro que hay sobre la costa norte y rodear el titulado Roque de Fuera, para ver algo de vida, y reconocer allá en el fondo, la Orotava y Puerto Cruz, que se apagan lentamente en las tinieblas de la noche. Entonces, la isla queda atrás. Ya sólo se oye el clapoteo contra la proa, o se percibe alguna mancha luminosa en la inquieta superficie de la mar.

\* \* \*

Antes de clarear, subo a la pasarela. La curiosidad me obliga a madrugar. Por la portilla he visto una Gomera diferente a la de siempre: una Gomera con un cono colosal en lo más alto. Y sólo cuando el aire me despierta me doy cuenta de que el Teide está a lo lejos, bordeado por la penumbra de levante, y con la «menor» sobre su base. Las dos islas forman una, y el cuadro es hermosísimo. A medida que amanece, los límites del cono se perfilan. Durante unos segundos parece que el volcán —intensamente negro— está apoyado contra una masa incandescente. El fuego de su cráter se ha elevado hasta los cielos, y ahora está

cayendo lentamente. Quiere ocultarse detrás del horizonte, pero una cortina se lo impide.

\* \* \*

El Hierro bate la marca establecida para todo el Archipiélago. La Isla está entre nubes como cualquier Afortunada, pero en su seno ocurre que se nota más la niebla que en las otras.

Valverde —su capital— está en la altura, y aún hay que subir hasta la zona en que los cúmulos se agarran a la cima para admirar las faldas pedregosas que bajan hacia el «golfo» y hacia la costa de Poniente. Mas, desgraciadamente, se entra en la nube cuando la carretera no ha llegado a la herradura.

(Y tengo para mí que no ando equivocado al recordar la forma de herradura del macizo herreño. No de otra palabra ni de otra causa cabe deducir el nombre actual de la que antaño fué «Pluviaria». Nuestros historiadores dicen que los franceses que primero se instalaron en su entrante de la Estaca, la llamaron *l'île du Fer*, y aún agregan que su color de herrumbre fué la causa de ese nombre. Mas como quiera, de una parte, que sus acantilados no son más rojos que los de la Gomera o Tenerife, y, de otra, que su cumbre viene a ser un medio cráter —*un fer à cheval*— que se ha elevado desde la mar, parece lógico admitir que el título adoptado es consecuencia de «herradura» y no de «hierro» propiamente dicho.)

En todo caso ha de subirse varias veces a la herradura antes de ver el panorama; o si se quiere no perder el día que ha empezado muy temprano, ni permanecer bastantes horas contemplando de qué modo las hojas de los árboles condensan el vapor que hay en la atmósfera, habrá que recurrir a los senderos que se descuelgan por los valles, y caminar por ellos hasta el sitio que domina el litoral que se ha elegido. Y, por supuesto, tales senderos son estrechos. Hay que arrimar contra la broza para que pase el burro con su carga, que sube hacia la altura; y es que esa carga abulta, va en ella el ajuar de la familia que se muda con su cerdo y con sus cabras de la casa ribereña a la que está en el monte.

En el Hierro no hay plataneras ni tomateras. La isla tiene fama de ser pobre; mas sucede únicamente que no hay en ella fincas importantes, y que el herreño sólo tiene dos pequeñas huer-

ras que trabaja todo el año, recogiendo, gota a gota, el agua condensada por los árboles. En la isla nadie es rico; pero a ninguno falta lo preciso para una vida modestísima. No hay braceros. Todos son pequeños propietarios, y trabajan sus recintos en invierno y en verano, con arreglo al tiempo y a la lluvia. La isla está socializada, y la gente está contenta y satisfecha. Los ricachones de Canaria y de la Palma hablan con menosprecio del herreño; pero éste hace una mueca despectiva y frunce el ceño cuando oye frases lastimeras.

No obstante, hay días trágicos.

Cada diez años, aproximadamente, la sequía origina un problema grave. La tierra no produce, y mucha gente emigra. De unas diez mil almas que hay en el Hierro, más de mil se van cuando hay sequía. Se van a Venezuela a ganar dinero, porque Venezuela está de moda para los canarios. Y tan de moda está que a veces los herreños se van a Venezuela sin sequía. Se van, entonces, cuando las fiestas se concluyen y la Virgen de los Reyes vuelve a su refugio. Mas procuran estar fuera poco menos de cuatro años, a fin de recibirla cuando salga nuevamente.

\* \* \*

Las grandes islas homenajean a sus vírgenes una vez todos los años. En las pequeñas —que tienen menos medios, menos dinero— el homenaje es cuatrianual únicamente. Pero, en todas ellas —islas grandes y «menores» de Canarias—, el fervor es colosal. El pueblo entero acude cuando la Virgen va a salir, y va a bajar. Hombres y mujeres la acompañan. Al son de músicas diversas, las andas son llevadas por los fuertes que se pelean por relevarse y gozar la dicha de sentirlas sobre sus hombros. Y, para que Ella no se hastíe, los gaiteros y danzantes lucen sus grandes habilidades; tocan y bailan sin parar desde la ermita o la capilla en que la Virgen se reposa hasta la iglesia que ha de acogerla durante el homenaje que los suyos se proponen tributarle.

En el Hierro los trajes y los bailes son antiguos. Todos los pueblos tienen coros, cuyas canciones son monótonas y alegres: una mezcla abigarrada que en Canarias solamente se conoce. Son las mismas siempre, y todos se las saben. No obstante, hay competencia; y esa competencia es presidida por la Imagen, que sigue

atenta las mil vicisitudes de los herreños incansables y capaces de morir por no ceder ante su Virgen de los Reyes.

\* \* \*

Este año la Virgen de los Reyes ha sido coronada; y como es lógico las fiestas han tenido una importancia extraordinaria. Varios obispos y algunas más autoridades han acudido a presenciarlas y a demostrar su afecto por el Hierro. Ha habido juegos florales, un certamen literario, varios discursos, banquetes y una función más importante que las de años anteriores. De la isla misma, nadie ha faltado. Pero, de otras, pocos han venido, porque la distancia entre cada dos Canarias es mayor que dice el mapa.

La Isla está lejos, en efecto, más por los transportes que por las millas que la separan de otras islas. El «correillo» sólo llega un par de veces por semana, y se detiene en la Gomera y en la Palma. Así, unas horas en Valverde exigen tres o cuatro días de viaje desde Santa Cruz de Tenerife, y para estar más de unas horas hay que perder el barco y pasar en Hierro mucho tiempo innecesario. Respecto al aire, no cabe pensar en aeródromos interiores, y en las esferas oficiales nadie admite el hidro, que tan práctico sería en muchos casos parecidos al presente. Sin embargo, hay soluciones; y los herreños las merecen: su vida es dura, trabajan mucho, están aislados y —sin que yo sepa las razones— hablan el castellano que se oye en Burgos y en Salamanca.

Cuando nuestro augusto monarca Don Alfonso XIII estuvo en el Hierro, la carretera de nueve kilómetros que hoy serpentea desde el puerto de la Estaca hasta Valverde, no estaba terminada. Se subía en burro, y el viaje era penoso —y, más que penoso, era larguísimo—; y en la sazón aquella hubo que suspenderlo —con gran indignación del Soberano— para evitar un decalage en las visitas ulteriores. Hoy, la carretera está concluida, y sigue luego a los pinares gigantescos de Taibique (10), y, al otro lado de la

---

(10) En el Hierro, que está en la esquina de Canarias, el empleo de la T se intensifica. Un nombre de cada tres o cuatro, comienza con la citada letra: Tijimiraque, Tisamar, Tenaca, Tanganasoca, Tamarsina, Tujurmante, Tegena y Tambargena, son algunos de los montes y los cabos, y de los pueblos y las cimas que se esparcen por la Isla.

herradura, hacia una hermosa rinconada en que la vegetación está a cubierto de los vientos peligrosos.

\* \* \*

La vuelta a la isla es interesante. Todo es herrumbre. Todo es basalto ferruginoso que está roído por el agua. Hay poca vida y pocos árboles. En Orchilla, junto al solo faro de esa zona, están algunos barcos y hay unas casas pobres. En el fondo se destaca la ermita blanca de la Virgen de los Reyes, solitaria y triste, como todo. La costa es muy rocosa: está trazada por la espuma de una mar que rompe continuamente. Hay que alejarse a causa de los roques y los bajos. Ni siquiera hay modo de acercarse hacia el entrante señalado por la herradura. En cambio, después de rebasar el pueblo de Frontera, que es el más rico de todo el Hierro, el cañonero se desliza por entre los roques de Salmor, en los que todavía hay lagartos colosales, que se divisan bien con los gemelos.

\* \* \*

En las primeras horas de la tarde, el *Vasco Núñez* se aproxima a Fuencaliente de La Palma. Orilla bien donde apuntaba, y sube hacia el cabo originado por la erupción de hace tres años: un kilómetro cuadrado de superficie que ha surgido sobre un fondo de un centenar de metros. Desde el barco se observa el cráter y todo el río petrificado y negro, hasta su desembocadura.

Más lejos aparece el precioso entrante de Tzacorte, alfombrado con plataneras. El cuadro se perfila con Los Llanos sobre el borde, el Paso más arriba y la Caldera de Taburiente cerca del fondo, en la zona que recuerda las operaciones realizadas por el Adelantado Fernández de Lugo para conquistar La Palma. El panorama es fascinante, y el sol ayuda a verlo. El viento ha barrido bien la bruma, y nada se opone a su hermosura.

Al norte surgen los pinares que suben hasta más de dos mil metros. El bosque no es tan denso como todos me decían; y es que se desliza lentamente hacia los cargaderos de la costa.

No obstante, queda mucho en la ladera. La foresta es casi virgen; sin caminos, sin viviendas. Sólo hay sendas y unas pequeñas chozas en que duermen los que tienen por misión cortar

madera. Nadie vigila, porque en nuestro tiempo de motores no es cosa fácil recorrer a diario un sector extenso recubierto de árboles y arbustos, y abarrotado de peñas que separan entre sí las varias zonas, y aun sembrado de cortaduras por las cuales se deslizan los enormes troncos de los *pinus canariensis*, arrollando lo que se halla en su camino.

El Sol está muy bajo cuando doblamos la afilada punta de la Gaviota. Esta es muy saliente, y, su forma, original. Es maciza; es poco alegre. Mas cuando se rebasa, el panorama cambia. El pueblo de Los Sauces, con su riqueza y construcciones de varios pisos, es cosa inesperada en ese mundo.

Luego los barrancos recomienzan, y son mayores. Su cauce es lóbrego y dantesco. El navío se acerca para verlos, y que veamos los fantasmas que pululan por su fondo. En plena calma se abre paso; sigue una recta inacabable. Sin dejar sentir el agua se mantiene paralelo al paseo marítimo de Santa Cruz, la capital. Dobla con premura, y, en fin, acosta al muelle solitario de La Palma.

No hay casi luz cuando retumba la cadena y la maquinilla suena, y aun rechina. Pero, a pesar de todo, se ve bastante bien el pueblo. Su blancura se abre paso en la penumbra.

Al otro lado, sobre la mar, una mancha se destaca, y, sobre la mancha, un cono negro se levanta hacia un planeta que parece disparado desde su vértice.

Sin embargo, el Teide está apagado desde hace siglos.

\* \* \*

La tierra se asemeja a los que en ella viven. No en vano el hombre es muy sociable: sociable hasta el extremo de no hallarse moralmente en condiciones de sufrir un aislamiento prolongado. El, precisamente, que tiene más recursos que otros seres, ya que puede meditar —filosofar digamos— sobre su pasado y su casi siempre triste condición actual, y aun esbozarse un porvenir más halagüeño que el presente, es el menos preparado a soportar el ostracismo. No sabe estarse días enteros sin intercambiar ideas con sus semejantes. Busca ese intercambio en todas partes y a todas horas. Y tan acostumbrado se halla a no vivir aislado, que acaba, sin querer, tomando vida en las aldeas y en

los campos, y juzgando sitios y habitantes con patronos semejantes; y, así, de las Canarias, me he formado la idea de que son sensibles y afectuosas. Están satisfechas de sí mismas, y de su clima, y de sus damas; y se consideran, de resultas, suaves y pacientes, y francamente hermosas. Y todo esto hay que decírselo; a ellas, como a las guapas, les gusta oír lo que ya saben, y hasta se enfurruñan si nadie se lo dice.

El canario es trabajador, y posee una materia prima espléndida. Su tierra es buena en todas partes. Pero es necesario prepararla, y aun regarla. Aquello significa que la escoria ha de extenderse y ha de mezclarse con mantillo y los abonos necesarios para que las futuras plantas hallen buen cobijo; y, lo segundo ocurre porque el agua de la lluvia nunca basta para alimentar el suelo de Canarias.

Algunos agricultores disponen de agua propia, pero son los menos. El agua, en general, se halla en poder de empresas que la captan bajo tierra mediante pozos verticales o galerías horizontales, y la recogen en sus titulados estanques. Luego, dichas empresas la revenden a los dueños de las fincas, los que, a su vez, la emplean directamente o la conservan como pueden a fin de utilizarla en el momento y a la hora en que sea más conveniente hacerlo. Cuando llueve mucho, los estanques, las albercas, los depósitos diversos, se llenan fácilmente, y el valor del agua baja. Pero ese caso no es corriente, y en previsión de que no llueva lo bastante, cada propietario se ve obligado a comprar el agua necesaria para su cosecha.

Todo el mundo lucha por el agua. Todos se pelean. Cuando una persona o una sociedad trabaja, y tiene indicios de hallar agua, sus vecinos tratan de cortársela mediante nuevas galerías o perforaciones que se cruzan con la suya; y esto origina muchos pleitos. Los bufetes están llenos de expedientes relativos a las aguas de Canarias. La batalla es implacable, y la angustia alcanza poco a poco a los que no se ocupan de la fruta que produce el Archipiélago.

\* \* \*

La dureza y constitución mineralógica de las diferentes partes de una zona poco extensa, suele ser, en las Canarias, muy diversa. Pero, a veces, hay paredones subterráneos de consistencia

fuerte y homogénea, que originan diques verticales o inclinados, como planos resultantes de un movimiento sísmico. Pues bien, contra esos paredones inclinados se adosa el agua procedente de las lluvias o de las corrientes no explicadas por los que eternamente las acechan; y para captar esa agua he dicho ya que se construyen galerías horizontales y pozos verticales. En Tenerife hay muchas galerías, y en Gran Canaria los pozos predominan. Unas y otros tienen por objeto perforar los diques; pero, una vez esto logrado, la presión del agua disminuye lentamente, hasta que el líquido se acaba. Sin duda se vacían los depósitos. La teoría inicial es semejante a la del yacimiento de petróleo; mas como no se sabe si el agua de la lluvia sigue iguales derroteros cada vez que cae, ocurre que es difícil poner en claro si dicha lluvia es suficiente —lo será, más bien— para ofrecer una reserva digna de su nombre.

En resumidas cuentas, el agua y el terreno están más hermanados en Canarias que en muchos otros sitios. En Santander y Asturias, todo produce, o... casi todo. En Castilla y en Aragón hay tierras de secano y otras de regadío. Pero en Canarias, de lo maravilloso y extraordinariamente fértil se pasa a lo desértico, o, volviendo por pasiva la oración, a fuerza de agua que se saca de la tierra, los eriales se transforman en vergeles.

\* \* \*

Se palpa más lo dicho en la isla de La Palma que en todas las demás. Un vistazo basta para convencerse de ello.

La Palma es, en efecto, una orgía de lava, una exposición volcánica. Hay corrientes lávicas de todo género y de todos los colores. Las hay endurecidas por los años, y las hay que han sido transformadas por muchísimos milenios. Las hay bastante parecidas a las corrientes ígneas que las originaron, y las hay como residuos de una hoguera incontrastable. Hay lava como piedra y como cisco; la hay rocosa y machacada; la hay desnuda, y la hay disimulada por la viña que se cierne a sus rugosidades; la hay entre pinares, o cobijada bajo almendros, o cerca del ricino o de la higuera. Es sucia y polvorienta, y, sin embargo, produce flores. Es la riqueza principal de los palmeros. Es la base de su vida y de sus divisas.

En cuanto al agua se refiere, ésta aparece poco a poco en mu-

chos sitios. Y, a medida que ella surge, la superficie de la tierra se transforma. Las fincas se *fabrican* (11) y se *azocan* (12). La Palma tiene más tanto por ciento de superficie cultivada que las demás islas Canarias. Tazacorte merece compararse a la Orotava (en Tenerife) y a Arucas (en Gran Canaria). Sus plataneras son hermosas. Nos estaban *desfleçadas* (13) en el caso que describo. Su hojarasca relucía. Parecía pulida en ocasión de una revista. Y, en el suelo, entre plantones, todo estaba limpio y sin la más ligera broza.

Almorzamos en El Paso, con todos los alcaldes: los de la altura y los del llano. La mesa estaba al aire libre, y desde la terraza se veía la Caldera, el enorme cráter de un volcán: 9.000 metros de anchura y 700 de profundidad. En las laderas interiores, grandes helechos, árboles y arbustos muy diversos, que ocultan el recuerdo del monolito extraño sobre el cual los antiguos indígenas adoraban a su dios Abora. Más arriba, peñas de que emanan los cardones, como altos candelabros apagados por los años; y donde hay sitio para un poco más de tierra, crecen barbu-zanos, grandes laureles, pinos canarios y unos cuantos dragos perdidos en la sierra. En fin, la cumbre: las cumbres, mejor dicho. El Roque de los Muchachos (a 2.420 metros sobre la mar), el Pico de Fuente Nueva (a 2.360), los de la Cruz y del Palmero (2.350) y el de la Nieve (2.210), son las alturas principales que rodean la Caldera, y son como observatorios celestiales en los cuales se está preso por las nubes, y pocas veces se dominan varias islas y el contorno de La Palma.

En resumen, es una maravilla. Pero de la historia nadie sabe nada. Todo es misterioso: lo viejo y lo moderno. Cuando Colón se detenía en la Gomera para abastecerse de agua y de legumbres, o para hacer la corte a Doña Beatriz de Bobadilla, el Adelantado Fernández de Lugo desembarcaba en Tazacorte y conquistaba el territorio en nombre de la Reina. Antes hubo gente que dejó muy poco rastro de su vida; y, antes aún, la lava se-

---

(11) *Fabricar la finca* es construir las varias terrazas en que las plantaciones se han de realizar, y colocar la tierra —entremezclada con la escoria— en la forma y proporciones convenientes.

(12) *Azocar* es elevar paredes o tapiales, o instalar cañizos, para evitar que el viento dañe la cosecha.

(13) Las grandes hojas de las plataneras son *desfleçadas* —o rotas a lo largo de sus fibras— cuando los temporales son muy duros.

pultó a los viejos moradores y ofreció a los nuevos algo más de territorio. Pero hoy las fincas valen tanto que nadie se preocupa de saber lo que hay debajo. Sólo hay tiempo de plantar y de luego recoger, y de cargar inmensamente los camiones que pasarán muy pronto por el túnel que se acaba de construir. La historia, pues, empieza en 1500. Cuando se pregunta a los palmeros por lo ocurrido antiguamente, suelen decir que hay documentos muy curiosos en el archivo principal de Santa Cruz, y que algunos son del siglo XVI.

\* \* \*

Ni aun de la Virgen de las Nieves, patrona de La Palma, se tiene gran noticia, y esta vez no se halla tan siquiera una leyenda que reemplace a la verdadera historia. Sábese tan sólo que después de una visita realizada por el Obispo de Canarias, don Baldo-mero García Ximénez, en 1680 (14), comenzó a verificarse, cada lustro, la «bajada» de Nuestra Señora, y que, según disposición de aquel señor Obispo, la fiesta hubo de hacerse con gran solemnidad en el mes de junio, comprometiéndose, *el Beneficiado del Salvador* (15), *el Juez de Cuatro Causas* y *el Visitador de la Isla de la Palma, a poner la cera para el día de la Octava, a razón de veinticuatro velas de una media libra, y ofreciéndose el Justicia y la guarnición de Santa Cruz a suplir tal menester el día previo.* (Eso dice, al menos, el «Libro de Relaciones de la Iglesia Parroquial de Santa Cruz» (16), y eso repiten los programas de la fiesta, publicados cada lustro con el fin de recordarla o de anunciarla, y de lograr más lucimiento de la misma.)

Hay una bula de Martino V, fechada en 1424, que se refiere a una capilla levantada bajo la advocación de Santa María de La Palma. Y de esto se colige que algunos moradores de la Isla adoraban a la Virgen antes del arribo de las naves que llevaron a Aridane las pocas tropas que mandaba el ya famoso

---

(14) En esa fecha había un solo Obispo de Canarias, que residía en Las Palmas.

(15) La Iglesia del Salvador es la parroquia de Santa Cruz. Tiene un pórtico del siglo XVI, de estilo renacimiento: un renacimiento simple y sin afectaciones.

(16) «Libro de Relaciones...» N. 34; folio 228, protocolo 6.

Adelantado. (No obstante, nadie posee el origen del nuevo nombre, ni sabe en qué tiempo la Virgen de las Nieves... se volvió morena.)

En los documentos oficiales se dice únicamente que la imagen nace de *un legado que ha seguido una senda milagrosa* o procede simplemente de *la fervorosidad de un soldado español*; y el que comenta añade que *tanta maravilla envuelve aquella como estotra procedencia, porque al fin y al cabo el Cielo ansiado y la Patria tienen igual aureola y el mismo timbre de gloria* (17).

La capilla de la Virgen es sencilla. Se pasa por su vera, bajando de la altura y del campo de aviación que se halla junto al paredón de la Caldera. Y, en parándose un momento, para una «Salve», se sigue luego el camino que Ella toma cuando viene a la parroquia para su fiesta.

Se sigue ese camino hasta hallar la *Nave* de madera y el *Castillo* de cemento, destinados a alborozar a mucha gente. En efecto, a mediodía de la jornada en que el festejo empieza, la *Nave* y el *Castillo* hacen las salvas tradicionales; salvas reiteradas a la hora decisiva, cuando la Virgen, en su trono, baja del santuario a la parroquia, acompañada por el mundo y las rondallas que amenizan o ayudan a bailar a las parejas y comparsas regionales. Y más tarde —el último día—, todo acaba con un diálogo patriótico entre la *Nave* y el *Castillo*, en el que éste representa a la milicia, siempre alerta contra los piratas, y, aquélla, a los veleros que dan vida al lugareño, y son la base del comercio de La Palma.

\* \* \*

Es también morena —como tanta imagen de su tiempo— Nuestra Señora de Guadalupe, en la Gomera. Pero de ella no se sabe más que de la Virgen de las Nieves.

En 1434 había gomeros bautizados. Darías y Padrón lo prueba con auxilio de una bula o salvoconducto que fué otorgado en esa fecha por el Papa Eugenio IV, al indígena Chimbombo (18). De otra parte, el mismo Darías se basa en otras cédulas que cita y no publica, para demostrar que la Isla no fué conquistada por el

(17) Programa de las fiestas. Año 1945.

(18) DACIO V. DARÍAS Y PADRÓN: *Noticias generales históricas sobre la Isla del Hierro*. San Cristóbal de la Laguna, 1929.

tan renombrado Juan de Bethencourt. No fué conquistada por el mismo, pero a causa de su intento quedaron españoles o franceses en la tierra, y acaso fueron éstos quienes facilitaron la leyenda: una leyenda que no es historia porque nadie ha conseguido confirmarla, y es como sigue.

En cierta ocasión cruzaba una fragata cerca del litoral de la Gomera llevando a bordo gente cristiana que iba en busca de aventura. Y el alba comenzaba cuando alguno se dió cuenta de que había una luz brillante que brotaba de una peña. Dióse el aviso a todos, y las velas se amainaron. El áncora fué echada, y unos cuantos se pasaron a la lancha a fin de dirigirse hacia la luz y averiguar la causa de su mucha intensidad. Desembarcaron varios hombres en la costa, y trepando por la lava, llegaron hasta el sitio señalado, y en él hallaron el entrante de una cueva, y una Virgen dentro. Con emoción profunda le rezaron, y se la llevaron. A bordo fué instalada con ternura en la bodega, y rodeada con las llamas necesarias para enaltecerla. Pero desplegado ya el velamen para seguir la marcha o regresar a España, el barco estuvo quieto mucho tiempo. A pesar del viento no se movía. Es más, las palomas de la costa se acercaron, y revoloteando quejosamente, parecían querer llevarse la Santa Imagen que los navegantes acababan de embarcar. De ese modo, muchos creyeron que algo misterioso acaecía. En fin, todos comprendieron que la Virgen no quería alejarse de su isla, e impresionados ante el milagro, la reintegraron a la gruta en que se hallaba.

Aquí termina la leyenda. Y ya es historia el hecho de que a consecuencia de ella, un santuario fué construído en tiempos del primer señor de la Gomera, siendo instalada en él la milagrosa imagen. ¿Que desde cuándo estaba en Puntallana? Nadie lo sabe. ¿Quiso la Divina Providencia que el hecho sucediera, o quiso que la historia calificara de milagro la presencia de una imagen llevada por colonos que murieron en terreno conquistado, sin que nadie se enterara? Es poco probable que la luz aclare el incidente; y es casi mejor —yo considero— que la eterna bruma de Canarias se imponga a los que quieran levantarla.

\* \* \*

*A mi dulce Madre, la Virgen de Guadalupe, se llama el libro que fué escrito en 1875 por don José Hernández de Arteaga y*

Torres, gomero de origen (aunque notario sevillano), y en el que figura la leyenda presentada. De él se deduce que en 1542, el Obispo de Canarias, don Alonso de Virués, monje benedictino y predicador de Carlos V, dió por bien construída la capilla de la Virgen, y como hecha con licencia reglamentaria, y que, a partir del otro siglo, casi cuando el capitán Lucas de Herrera obtuvo el patronato del santuario, empezaron los festejos, que se repiten ahora de cuatro en cuatro años.

\* \* \*

Cuando la fecha llega, la gente acude a Puntallana. Sube hasta «La Fuente», y hace un alto. Sigue a «Las Crucetas», donde percibe la capilla y reza una Salve, y termina su camino junto a la Virgen que ha esperado mucho esta visita de los suyos.

La cuesta es peligrosa de bajar con la Imagen sobre las andas. Por eso, los honores no principian sin llegar al «Cangrejito», que está al lado del espigón de Puntallana. En la «Lajita» se dedica el primer baile a Santa María. Se le reza una oración y se la embarca.

Entretanto mucha gente llega a San Sebastián de la Gomera. Las guaguas vienen por las varias carreteras, y las falúas bordean el litoral. Están aborrotadas por un público impaciente de que llegue la hora señalada.

En la explanada que está junto al malecón que hace de muelle, una charanga espera, y esperan las comparsas de los pueblos inmediatos. La música rompe a tocar en el momento en que la Santa desembarca. Pero los cohetes y los vítores la apagan. El ruido es imponente. El griterío aloca. Nadie escucha y casi nadie mira, mientras la Virgen va por su camino.

En la plaza, un silencio se produce. El señor Obispo o un canónigo de fuera dice las maravillas de Nuestra Señora de Guadalupe. Pero, en cuanto acaba la oración, los gomeros cantan y vocean, y hacen la «danza de los palos» y la «danza de las flores». Todos bailan, tocan y jalean, hasta que la Virgen es llevada a su recinto y colocada en alto, frente a las gomeras más ancianas, que —en fila y de rodillas— añoran otra fiesta ya pasada, y empapan sus pañuelos con inmensos lagrimones.

Por la tarde sigue el bullicio. Las parrandas de canto y baile compiten entre sí y lucen sus trajes típicos. Los romeros hacen

gala de sus varas y de las alforjas en que traen las provisiones. En fin, las «contras» y las «chácaras» siguen el compás de los romances, y los tambores baten fuerte para que haya más jaleo.

Después, hay triduos y avemarías, hay conciertos y reuniones; hay mucho kiosko y ventortillo, y bastante vino en jarra y en botella. Hay «lucha canaria» y pruebas de atletismo; y, entre tanto, unos bailan «seguidillas», y otros, «las saltonás» y «el tajaraste».

\* \* \*

Cinco días nada menos duran las fiestas que he descrito. Pero cinco días nada más duran las fiestas que disfrutaban los gomeros en todo un cuatrienio.

Y cuando no hay fiesta, la Gomera lucha por su vida. Todos trabajan incansable y duramente. La Isla —un capacete estriado hacia la mar— es una mezcla abigarrada de miseria y de riqueza. Fué intolerante con sus primeros Condes (19) porque éstos intentaron convertirla en un valioso feudo que irradiaba del Castillo que aún existe; castillo simple y de argamasa, que sufrió las embestidas de mucho descontento y fué la residencia de Beatriz de Bobadilla, viuda de Hernán Peraza, primer Señor de la Gomera, y futura esposa del conquistador de Tenerife y de La Palma.

La vida fué bastante dura en esos tiempos a causa del «estriado» a que antes he aludido. Esa forma externa o topográfica origina divisiones, separaciones, compartimentos casi estancos que, en un principio, dificultaron la conquista, y más tarde complicaron la existencia. Las aristas que provienen de la cima principal son muy rugosas y casi intransitables. La vida empieza con los valles, que tienen casas pobres y pequeñas huertas que prosperan siempre alrededor de un pozo o de una cisterna de pequeñas dimensiones. Y se intensifica —aquella vida— en las mayores hondonadas, en las que hay fincas hermosísimas, de gente —gomera o tinerfeña— que ha sabido hallar el agua necesaria y encontrar la mano de obra indispensable; fincas que se extienden poco a poco hacia los minifundios de la altura, obligando a los

---

(19) Guillén Peraza (1517-1565) y Diego de Ayala (1565-1592), principalmente.

pequeños labradores a actuar como braceros de los que ya comienzan a exportar el fruto producido por la tierra.

Cada pueblo está en un valle, y los valles son estrechos. El camino los recorre por entre las palmeras y los plátanos, o por entre casas de una calle que no tiene paralelas. Los gomeros de la arista se dan noticias aún con los silbidos que utilizaban cuando su isla no era nuestra; pero, abajo —en la Hermigua, en Vallehermoso, en la Calera—, la gente ya no sabe ese leguaje. Hombres y mujeres emplean otro más moderno. Saben de lujo y de existencia confortable. Me ofrecen flores y un almuerzo cuya lista no termina. Hablan de su hacienda y de su isla. Todos quieren mejor vida y todos quieren barcos para sus productos a fin de no pasarlos por La Palma o Tenerife. Y tienen razón en lo que quieren, porque sus plátanos se pudren durante los transbordos necesarios para llegar a Cádiz o a Southampton.

El último día el *Vasco Núñez de Balboa* me lleva a dar la acostumbrada vuelta *desde el horizonte*, que de ese modo cambia mi costumbre de *la vuelta al horizonte* a la que tanto me ha inclinado mi carrera. En todas partes la roca se hunde en la mar profunda y los jalones son perfectos. Son como faros, que ilustrar la jornada. Santiago y su preciosa playa, con las mejores fincas de la Gomera; Vallegranrey, entre peñascos imponentes e inescalables; Taguluche, sobre un valle corto, en escalera y solitario; la Punta de los Organos, con sus tubos estalactíticos y en los que el mar ha perfilado una obra digna de la Divina Providencia; Pescante de Vallehermoso, en la hendidura fabricada por el agua que sobró cuando los Organos se hacían; Angulo, con sus terrazas sucesivas, llenas de flores y de plátanos... son las estaciones de la preciosa vuelta *alrededor de la Gomera*.

\* \* \*

En Canarias no llueve mucho; mas cuando llueve la rociada es formidable y el desgaste de la tierra es imponente. Después de cada temporal, una intensa mancha rojiza rodea las diferentes islas. Los materiales arrastrados por las corrientes necesitan muchos días para huirse. En cambio las alturas se descarnan bruscamente, y el hecho se repite con frecuencia desde épocas remotas; y tanto se repite —o tanto se descarnan las alturas mencionadas— que en

lugares muy diversos van quedando «roques» semejantes a los que hay en las orillas, que marcan el nivel a que se hallaba antes la tierra y el cauce que seguían las corrientes primitivas.

De repente, en lo más alto surge un capote extraño que los naturales del país aprecian claramente. Saben que cerca de él se formará en seguida un remolino de aire muy potente, que bajará por ciertos valles devastando fincas y originando precipitaciones muy locales. Y son éstos los temporales más temidos en Canarias. Su acción es violentísima y casi instantánea. Dan lugar a destrucciones imponentes e irremediables, y, con frecuencia, obligan a rehacer los escalones de las fincas y a traerles nueva tierra y más abonos.

Pues bien, cuando llegaba a Santa Cruz de Tenerife, después de mi excursión a las «menores» de occidente, tuve la sorpresa triste de saber que un huracán había cruzado la Orotava. El viaje no fué causa de presagio: dos chubascos solamente, y una mar poco movida. Pero, a pesar de eso, la Isla había sufrido una hecatombe seria. Dos o tres valles de su vertiente norte habían quedado casi arrasados; y, sin orden ni concierto, algunos otros inmediatos se habían salvado.

Desde la nave marché directamente al mirador que está dispuesto para los turistas, y desde el cual se admira en toda su extensión y su belleza el rincón de Tenerife que tantos consideran como el más hermoso de la tierra. Está situado a treinta kilómetros del puerto, junto al pulido núcleo de Santa Ursula y cerca del solo cruce que hay después de la Laguna. Domina el valle de repente, con sus pueblos, sus palmeras, sus ricas plantaciones y hasta con su ambiente poderosamente alegre y muy sedante. Pero en esta ocasión el panorama era distinto.

Mucha gente contemplaba la llanura a la hora en que llegué. La alfombra enorme de plataneras que recubre todo el valle, estaba como apisonada por una máquina fantasma. No brillaba como antaño. Se hallaba oscurecida por las nubes. Tenía un reflejo opaco. Estaba aplastada a estilo de un trigal recién batido por una fuerte granizada. Pero, además, en viéndola despacio, se comprendía que los tallos de infinitas plantas cuyo fruto iba a cortarse, estaban segados por su base. La hojarasca enorme —ya desflecada— estaba pegada al barro; y las piñas hermosísimas yacían contra el suelo tristemente. La tierra misma se hallaba removida. En varios sitios las zanjas se habían vaciado y las terrazas habían sufrido graves

hundimientos. El agua había arrastrado los abonos y había dejado al aire la piedra que se hallaba a flor de tierra cuando la finca —*in illo tempore*— no era más que un río de lava. En pie no había otra cosa que unos millares de plantones; nada en relación a los millones que se hallaban abatidos. Quedaban, igualmente, en algunas propiedades, los «hijos» de los plátanos caídos, que darían su fruto cuando pasara el tiempo necesario para su crecimiento. No era mucho. Acaso el Sol ayudaría a adelantar un poco esa cosecha póstuma. Pero, lo destrozado, en tierra estaba; y, a más de lo perdido, la reparación iba a exigir mucho trabajo y muchísimo dinero.

Me dejé llevar a numerosas fincas y oí lamentaciones de sus varios propietarios. Vi las caras de los hombres desalentados al ver que el resultado de su labor se había perdido. Vi mujeres que lloraban, y chiquillos angustiados por el ambiente.

Me contagié de prisa y llegué a sentirme inútil. Acabe desorientado.

Estuve más de una hora viendo bajar el barro —en imponente tromba— por un barranco que estaba siempre seco. Contemplé el destrozo realizado en carreteras y en estanques, y terminé la tarde cerca de la orilla, observando un mar ennegrecido por el fango, de cuyas olas —cuando rompían— no salía un átomo de espuma.

\* \* \*

Los temporales de agua no suele afectar a fondo los tomates. El «levante», que pega a fines de verano —y cada vez que Dios lo manda—, es el azote principal del mediodía de las islas en que ese fruto se produce y en que las plantas y las cañas se entrelazan suavemente, formando huertas frágiles y casi laberínticas.

Pero a pesar de todo me quise convencer, y al día siguiente recorrí la zona sur de Tenerife: Güimar y Fasnía. Me llegué hasta San Miguel y Arona, sin tropezarme con desgracias ni labores anormales. Pasé fuera la jornada, y la daba ya por acabada cuando —de camino— me sentí obligado a visitar la Candelaria. Tomé la transversal que baja al pueblecillo en que la basílica se eleva, y entré despacio en la capilla. Entré casi de puntillas; y me sorprendí a mí mismo como al que quiere no ser visto. Y, en efecto, me ocultaba de algo... de Alguien acaso. Me sentía avergonzado de emocionarme ante una imagen de María, cuando volvía de haber visto otras

imágenes tan emotivas —para mí— como la propia Candelaria; y entré sin ver lo que pasaba. Entré absorbido; pero, a pesar de todo, me di cuenta del vacío: una sola tinerfeña —viejecita— se hallaba acurrucada en un rincón del templo, con un mantón canario sobre su cabeza, y, ésta, hundida entre las manos.

Pasé a su vera sin que se enterara. Seguí por entre bancos y me arrodillé junto a la Virgen. Puse «en primera» mi cerebro, y quedé mirándola. Me sentía irrespetuoso. Pero, a pesar de todo, no escondí mi cara, como la viejecita.

Me acordaba de Espinosa, cuando dice que *los ojos de la Virgen son grandes y rasgados... y tanta majestad presenta en ellos y en el rostro que nadie la mira de hito sin que se le ericen los cabellos* (20). En efecto, la Imagen me miraba. Me miraba tan intensamente que yo no conseguía dirigirle mi pregunta. No me atrevía; y tan poco me atreví que terminé bajando la cabeza; y lo que no había consultado a Nuestra Señora, lo consulté a la imagen de su Imagen. Pero ésta no quiso contestarme. La imagen de la Imagen de María permaneció en silencio; en silencio, pero mirándome. Y tan de frente me miraba, que no logré zafarme de ella. Tuve que levantar la vista y ver la Virgen —representada por su busto— para salir de mi torpeza y atenerme a la respuesta que me dió.

\* \* \*

Pasaron varios meses sin otras novedades que el vaivén continuo de isla en isla; vaivén que me proporcionaba otros amigos y más conocimientos, o mayor afecto hacia los que ya eran conocidos. Originaba, sobre todo, cariño por la tierra de Canarias, que ya me parecía cosa propia.

Al tiempo que el avión de Iberia me llevaba a Gando con frecuencia y me traía luego a los Rodeos, yo seguía con interés la gran tarea de reconstrucción del territorio destrozado. Fué lo primero el desescombro. La circulación del Valle se redujo, durante una semana, al paso de jumentos, de carros y carretas, cargados de tallos y hojarascas que iban hacia las gañanías con el fin de acumular los restos y, al menos, tener ración para el ganado. Luego,

---

(20) FRAY ALONSO DE ESPINOSA: Ob. cit., página 76.

esas carretas mismas y los camiones llevaron buena tierra para las terrazas sucesivas, y transportaron mucho abono para asegurar el crecimiento de las nuevas plantas. Cada sábado, camino de Orotava o de Puerto de la Cruz, notaba un cambio extraordinario en relación al anterior. Nunca he visto trabajar con más ahinco, ni obtener un excelente resultado más aprisa. Se había perdido una cosecha y se gastaba mucho en reparar las averías. Pero, a pesar de todo, el profano —que yo era— veía que el estanque se llenaba, y que el líquido alcanzaba su nivel antiguo.

En Arucas y Agaete hubo pérdidas también. De otra parte, Arucas y Agaete son hermanas plataneras de Orotava. Era justo, por lo tanto, lograr un trato equitativo. La pelusa es mala cosa cuando no se cuida a tiempo. Se eriza, y luego, daña.

La ida y la vuelta se hacía entre nubes casi siempre. El admirable y antiguo piloto del «B3» las conocía perfectamente. Siempre distintas, le parecían iguales. Mejor dicho, le eran siempre familiares. Se sabía de memoria los efectos producidos por el viento, y leía en cada nubarrón lo que iba a hallar a su otro lado. Era —por supuesto— el único capaz de aterrizar en los Rodeos cuando el techo estaba casi a flor de tierra. Encontraba siempre un agujero para descolgarse, y sorprendía con frecuencia al director del campo con una maniobra inesperada.

Pero la *navette* entre las dos islas mayores no bastaba. De otra parte no ha llegado el momento de insistir sobre ella, ni de hablar de Gran Canaria. (De ésta, me ocuparé después. Queda para el último lugar. En materia religiosa se preside a retaguardia.)

Hay otras islas cuyo interés es grande; islas que también están de espaldas a las otras. Son las más pobres de Canarias; y por eso (o a pesar de ello), fueron las primeras conquistadas para España. Colón no había nacido cuando el caballero Bétrencourt se apoderó de Lanzarote, ni cuando Gadifer de Sala se pasó a Fuerteventura; y a éstas que refiero. No deben olvidarse. Fueron base o trampolín de salto para llegar a las restantes; y, en nuestros días, siguen siendo base indispensable para defender o dominar el Archipiélago.

Están de espaldas, ya lo dije. Mas no de espaldas a la mar, ni al Continente; y la razón es obvia. A más de que su vida está en la pesca, han sufrido mandos muy crueles de sus conquistadores y ataques muy violentos de las tribus africanas.

Su historia es triste y espeluznante. En otra parte la he descrito, y sobre ella he comentado ya bastante.

\* \* \*

Puerto Cabras tiene un muelle de cien metros y una sola calle algo torcida. La calle está empedrada malamente, y el muelle tiene sitio justo para el barco bisemanal que trae noticias y lo más preciso para sostener Fuerteventura.

En el puerto, cerca de ese muelle, están los veleros y las lanchas que se llevan la caliza a Gran Canaria y a Tenerife.

Pero a más de la caliza, Fuerteventura produce queso. Hay muchas cabras en la Isla, como en todo sitio en que los pastos son misérrimos. Las ha habido siempre. Los cronistas de Béthencourt refieren que se podían matar al año unas 70.000, *tan gordas y redondas que proporcionaban por cabeza unas treinta libras de sebo* (21). Y, aun ahora, camino del estrecho que separa a Fuerteventura de su hermana Lanzarote, las cabras, en grupo o aisladamente, siguen poblando las colinas amarillas. Todo el mundo tiene cabras y en todas partes se hace queso. Fuerteventura exporta al año por valor de seis millones, en queso únicamente.

Hay agua en muchos sitios, pero poquísima y salobre. Los campesinos gastan sus ahorros en abrir más pozos, que empobrecen los que hay. La tierra es excelente, pero está seca. Llueve poco en Fuerteventura. Llueve un año, y deja siete de llover. La agricultura está atrasada. La Isla tiene ahora unas trece mil almas (22), que se concentran sólo cuando hay agua. Durante la sequía se van cerca de seis mil en busca de trabajo a Lanzarote, a Gran Canaria o a la costa sahariana; y los que quedan aprovechan los pequeños pozos que hay para cuidar la huerta y para mejorar el pasto de las cabras.

Mas cualquiera sea el año —bueno o malo—, la gente importa lo de fuera. Hay que traer de todo en los veleros que regresan y abarrotar el «correillo» cuando viene de otras islas. Sin embargo, muchos quieren desasirse. La ilusión más grande de los majore-

---

(21) JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO: *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*. Santa Cruz de Tenerife, 1941.

(22) *Trece mil* habitantes, en *mil setecientos* kilómetros cuadrados.

ros (23) es la de independizarse de Las Palmas. La capital de la provincia es, en efecto, como un embudo por el cual ha de pasar todo lo suyo, cuando viene y cuando va, y tanto si paga como cuando se halla exento de tributos; y es triste que la boca del embudo sea tan grande, y que su cuello sea pequeño y poderoso.

\* \* \*

Viendo fincas solitarias y unos rebaños que parecen de cualquiera, caminamos hacia arriba. Nos paramos en La Oliva y en Villaverde para conocer los «enarenados» que se preparan (24). La teoría es interesante. Una capa de escoria de unos diez centímetros de altura, conserva la humedad del suelo y permite aprovechar la escarcha de la noche. Son efectos capilares, o algo semejante. Las gotecillas de rocío pasan la alfombra, en vez de evaporarse con el sol de la mañana; y la humedad del suelo es preservada por la escoria que evita la ascensión de las moléculas acuosas. Los técnicos lo explican maravillosamente, pero es difícil entenderlos; y yo, a veces, pienso que ellos mismos no comprenden las razones por las cuales el trabajo realizado es útil: tan útil que, a fuerza de sportillos y de viajes, sendas alfombras van cubriendo poco a poco las hondonadas, y cuanto mayores son estas alfombras, menos habitantes van en busca de trabajo a Lanzarote y a las otras islas no lejanas.

Hoy, la gente de La Oliva está contenta porque un tractor y su remolque van trayendo mucha escoria para enarenar aprisa una bendita tierra que produce mucho más de esa manera. Está contenta —aquella gente— a pesar de que el trabajo es francamente duro. Duro y difícil; y muy meticuloso. La capa de escoria no debe mezclarse con la tierra, ni pulverizarse. Hay que plantar la avena con paciencia: un huequecillo para cada grano, que luego se recubre con la lava machacada. De este modo, el enarenado surte efecto durante un par de lustros.

---

(23) Antaño, los habitantes de Fuenteventura se llamaron «majoreros»; pero, en realidad son majoreros solamente los nacidos en la zona titulada «Majorata». Y hay que decir que Fuenteventura se compone sólo de Jandía (al sur) y Majorata (al norte).

(24) A imitación de los lanzarotefios.

Almuerzo en Corralejo, frente a Lobos: la isla solitaria en que viven solamente las pardelas, aves nocturnas que se cazan con hurón y proporcionan buen aceite. Hay excelentes mejillones, al lado de Corralejo; y hay muy poca gente. Las chicas están tristes porque el Señor Obispo de Canaria les prohíbe toda fiesta. Tres días al año se bailaba, y ahora no se baila. Cuando no hay pesca y no hay fiesta religiosa, los hombres van a la taberna y las mujeres no se asoman a la calle; y así la gente de Corralejo vive días y más días, y aun años y más años. Está triste, pero satisfecha o resignada. Lo ha mandado el Señor Obispo, y nadie piensa en desertar de Corralejo donde no hay más vida que la que da la luz cuando se estrella en la caliza y en la superficie clara de la mar.

De regreso —norte a sur— nos paramos cerca de la piedra que se exporta, vetada con estrías de colores. Visitamos una presa reducida y otra más pequeña, que tienen agua de la lluvia que ha caído recientemente. Y, por último, recalamos en el pueblo más antiguo de Canarias —Betancuria— que se hizo para estar lejos del mundo y no sufrir las embestidas de los moros, ni de los holandeses y franceses que asolaban de continuo los miserables Corrales que existían en los siglos xv y xvi. Pero en este tiempo los de Betancuria salen a esperarnos y a suplicar que deshagamos la obra magna de los abuelos. No pueden seguir lejos del mundo, sin un buen camino, sin camiones o, al menos, sin algo de ganado. Antaño se luchaba por la vida contra los piratas que venían a saquear lo bueno y a quemar lo inútil para ellos. Pero, en nuestros años, los confinados en Betancuria luchan por *vivir como Dios manda*, que no es lo mismo que *vivir*.

¿Miseria? Ciertamente no. Cuando hay miseria, la gente huye. Va a otra parte en busca de riqueza. Y los majoreros no quieren huir de Majorata; se van sólo cuando el agua se concluye, y se van para volver. Ellos quieren agua, y plantar mucho tomate, porque el tomate majorero es más redondo y más jugoso que el de Tenerife o Gran Canaria. Quieren, además, lo que los otros: vender por cuenta propia sus tomates —cuando crezcan—, y confían en la ayuda necesaria para que su deseo llegue a realidad.

De todo eso, y de que no hay manera de exportar la pesca, y del mármol que se carga en los veleros, y de las malas condiciones de los viajes..., hablamos largo rato en la acogedora tienda o almacén del Presidente del Cabildo, en donde hay libros y máqui-

nas eléctricas, mantequilla y vino, vestidos de señora, aceite, arados de contera, calcetines y herramientas muy diversas; y... malvasía que se ofrece al forastero.

\* \* \*

Los majoreros hablan de Jandía como de una tierra muy lejana. Jandía es el tercio meridional de Fuenteventura: una punta alargada y limitada por dos playas —Barlovento y Sotavento— que son las más hermosas de Canarias.

Entre Jandía y Majorata, hay poco enlace. La dorsal, que es muy agreste, se ensancha repentinamente y separa en absoluto las dos partes. A los pueblecillos de Jandía se va tan sólo en barco; para ir por tierra firme es necesario recurrir a Don Guillermo que ha hecho una pista y tiene un pequeño jeep, y es muy atento con los de fuera y con todos sus vecinos. Estos saben que es de origen alemán y que administra mucha tierra, y que ha edificado una escuela, e instalado una radio pública y provista de altavoces que disfrutan los cabreros y los pescadores que están cerca y lejos de su casa; y aun saben que él ayuda en lo que puede a los isleños, y que, además, gana dinero.

Pues bien, Don Guillermo tiene una sobrina que sabe guisar, limpiar la casa, coserlo todo, cuidar enfermos, quitar dolores, hacer prendas de abrigo y recibir al niño cuando lo presenta una cigüeña; y, de este modo, en comandita, ellos enseñan a los hombres a leer y a las mujeres a cuidar a los chiquillos, y al que tiene un terrenillo a cultivarlo, y al cabrero a engordar sus chivos, y al pescador a componer las redes, y, en fin, al salitrero a conocer su suelo. Enseñan, de paso, a mejorar el Jable (que es el pueblecillo en que residen). Su casa está dispuesta para todo: tiene consultorio, laboratorio químico, taller mecánico, dos habitaciones para huéspedes y una biblioteca en que se encuentra lo preciso para todos los oficios, aprender historia, recordar geografía, meditar sobre las artes y leer literatura clásica y moderna. Y a la puerta de esa casa espera siempre el jeep para acudir a las consultas o visitar a los enfermos. Pero, mucho de eso no se sabe, o no se dice. Sólo se dice a todas horas que «Don Guillermo tiene una sobrina...».

\* \* \*

Al despegar de Puerto Cabras, otra vez las nubes. Hay que irse mar afuera para ver el panorama. Por los huecos sucesivos surge la tierra y luego el agua; y estas apariciones dicen más que toda radio y que los «gonios» instalados en Gando y en Villa Benz. El antiguo «Junker» —ahíto ya de viajes bélicos— cumple su misión perfectamente. Se trata de una zona en que todo se reduce a averiguar si más conviene ir por encima o por debajo de los cirros; y él no discute. Deja elegir a su piloto. Sabe casi por instinto qué piloto va a llevarle a mucha altura, y cual otro a escasa cota.

El caso presente no ofrece dudas. Ha de estarse lejos de la masa oscura que dice el rumbo de la enorme crestería, y sólo aproximarse a un agujero cuando haya transcurrido el tiempo necesario para haber llegado al pueblo de Arrecife. En tan corto viaje, el viento influye poco. A lo sumo, nos lleva —como ahora— hacia una mancha blanca, adosada al monte y por la que el agua de la lluvia —¡cuando llueve!— resbala hacia un depósito que está al lado de Haría. La mancha dice donde está la costa, y la costa nos conduce al aeródromo.

Lanzarote está más poblada que Fuenteventura. No obstante, vive casi sólo del reclamo que le hace su curioso Timanfaya. La erupción del mismo comenzó en 1730 y duró cerca de seis años.

Arrecife, en aquella fecha, era sin duda un pueblecillo no más grande que el actual. Pero, había gente suficiente para que las noticias molestaran. En la Isla, temblaba todo el mundo. El penacho se veía desde la Corona, y desde otros muchos sitios y lugares. Las corrientes que bajaban de la cumbre manchaban la negrura de la noche. Su reflejo transponía la bruma, y los barcos no se acercaban por temer que el río no se apagara ni en la mar. Tuvieron miedo un año —o dos acaso— los habitantes de Arrecife y los que les llevaban alimento. Dejóse de pescar en la Tiñosa, en las Coloradas, en Janubio. Los pastores se olvidaron de sus cabras; y los labradores no labraban. Todos miraban a la cumbre, al fuego, al humo; y todos sentían espanto. Pero, los otros años de erupción fueron normales. Hombres y mujeres se habituaron. Los chicos aprendieron a no preocuparse por las riadas que bajaban a ambos mares, y los agricultores reempezaron a plantar cebada —grano a grano— debajo de la escoria, y a sacarla —tallo a tallo— con paciencia inusitada. Los habitantes de Arrecife —y aun de Teguiise— no se acordaban ya de su montaña, y los barcos se

acercaban a la costa para ver mejor el cuadro que la lava producía.

El 1736 no había acabado cuando la gente se dio cuenta de que las erupciones del volcán se terminaban. Entonces, Lanzarote quedó sola. Dejó de interesar a los de fuera, y se sintió en la soledumbre. Su último río de lava comenzaba a endurecerse. Pero aún estaba muy caliente, y pasó algún tiempo hasta que fué posible subir al cráter más elevado del Timanfaya y admirar un maremoto inerte o un oleaje quieto, petrificado y casi negro, que parecía bajar hasta la orilla.

\* \* \*

Cuando se contempla desde la cima de la denominada «montaña de fuego» la inmensidad de lava que se extiende hasta la mar, parece que la arriada continúa llevando escoria al infinito. Las ondulaciones son longitudinales, mas ofrecen el aspecto de una serie de olas transversales que se desplazan poco a poco levantando en alto la materia inerte o dejándola caer en los regazos. Hace bochorno, y el ambiente deja creer que la erupción es muy reciente. Hay pequeños cráteres que están alrededor del grande, o se siguen a lo largo de sus generatrices. Parece que se acaban de apagar esos pequeños cráteres, y que van a reencenderse de un momento a otro. El suelo se ha enfriado, pero hay que tocarlo para estar seguro de ello; hay que tocarlo sin escarbar, pues escarbando el calor se hace sentir rápidamente. A medio metro, el papel se quema; y, a un poco más, arde la tea. El calor subsiste desde hace ya dos siglos. Es un calor intenso que se halla a flor de superficie y que no es aprovechado. Lo emplean los turistas para cocinar su almuerzo cuando visitan la fantástica «montaña». Pero, los isleños no saben de qué modo utilizarlo. De vez en cuando, un sabio o un hombre de poca ciencia les asegura que el calor de su «motaña» puede dar una fortuna a Lanzarote. Los lanzaroteños se lo creen, y esperan que llegue el hada que transforme ese calor en fuerza viva; y aun esperan que ella —una vez desembarcada— les haga pozos y galerías que den agua, y algibes que la guarden; y que el Todopoderoso les ayude a no tener que madrugar.

La «montaña de fuego» ha motivado la existencia de un albergue de turismo exorbitado; y, gracias a él, esa montaña se difunde. El albergue y el cuartel construido para el batallón de Lanzarote, son Arrecife por sí solos. La han extendido y han formado

sus arrabales. Le han dado vida; como antaño el castillo de San Gabriel hizo existir un pueblecillo que nació a la hora en que comenzaba aquél a no hacer falta. Junto a ese castillo, se bañan los chiquillos todo el año, cuando no ayudan a embarcar las cajas de pescado; pero, en la piscina del hotel exorbitado de Lanzarote se baña sólo —de higos a brevas— una turista sueca o alemana. Ella amortigua, de ese modo, la impresión que le ha hecho la «montaña»; y, luego, sin vestirse, admira el fresco del albergue, adornado con redes verdaderas para cubrir la desnudez poco atractiva de una pobre isleña.

\* \* \*

Conocida la montaña, hay que subir a Haría, aislada entre viñedos.

Haría está cerca de Teguise, la capital antigua, a la cual legó su nombre una princesa indígena que fué adoptada por Maciot de Béthencourt en ocasión de alguna de sus crueles correrías por la isla.

En Haría, la tierra es buena. La tierra es buena en todos lados; pero el viento es malo, y la sequía es pésima. Hay que trabajar intensamente para que el suelo de Lanzarote proporcione un poco de alimento o lo necesario para comprarlo allende; y mucho lanzaroteño trabaja lo preciso para maravillar al forastero que viene a verlo y a compartir un poco su alegría y su tristeza.

Los alrededores de Haría y de Teguise realzan lo que puede conseguirse. Cuando los padres de los actuales propietarios empezaron su trabajo, hace casi medio siglo, la lava recubría por completo esos contornos, y la tierra estaba tan profunda que era difícil descubrirla. Pero a fuerza de paciencia, todo fué solucionándose. Los escalones se trazaron; y, sobre los peldaños, se aplicó el enarenado; y, encima de éste, se construyeron los muretes que hoy rodean las hermosas cepas de las fincas. Tres lados de escoria y unas palas de chumbera protegen cada planta como una fortaleza en el desierto protegería a unos soldados; y muchísimas hectáreas de un antiguo río volcánico están ahora cultivadas sobre esa base.

Hoy, los hijos de aquellos padres disfrutan el trabajo realizado. Mas cuando no hace viento, y el día se presta a gozar de un buen almuerzo y del excelente vino isleño, se pierde la noción de lo que

el hombre puede hacer, y de lo que sufre —días y días— cuando los temporales doblan todo aquello que no se halla protegido contra su fuerza incalculable.

\* \* \*

Desde una antigua batería que domina el fondeadero principal del Archipiélago, se divisa la Graciosa, la Alegranza y la Montaña Clara. Están en fila, casi, casi; y su vida se reduce en proporción a la distancia..., se reduce hasta la nada.

La Graciosa es triste; mas la gente que la habita está contenta. Necesita ayuda; pero, no es fácil ofrecérsela. El «Mando Económico», de Canarias, creado por don Ricardo Serrador (25) y ampliado por el Marqués de Somosierra (26), dotó a la isla Graciosa de una capilla y de una escuela, sindicó a los pescadores y distribuyó la tierra laborable. Faltó sólo un buen refugio para enfermos y desválidos. No hubo dinero para hacerlo; y, de resultas, los enfermos graves atraviesan —como antaño— el llamado Río que separa la Isla de su madre Lanzarote; y, en parihuela o en camilla, son subidos hacia el monte, zigzagueando al borde de un abismo hasta alcanzar el hospital de Haría. Cada cual hace ese viaje cuando la enfermedad es irremediable; y así resulta que el paseo por el canal y por la senda inacabable que sube hacia la cumbre, suele ser el último. Por eso, cuando aquel «Mando Económico» pensó en un cementerio, los de la Graciosa prefirieron que el dinero se empleara de otro modo, y la Isla sigue sin recinto para sus muertos. El viaje eterno empieza en plena vida.

La Alegranza está arrendada en seis mil duros. El medianero planta donde puede, pesca lo que encuentra, y caza pardelas cuyas crías se almibaran y se comen en las Las Palmas y en Arrecife.

Montaña Clara, en fin, está vacía; y las nubes se le agarran día y noche.

\* \* \*

El «Junker» me trajo y me llevó diversas veces a las «menores» orientales y a la costa sahariana. Fué un compañero fiel de mucho

---

(25) Capitán General de Canarias, entre 1939 y 1943.

(26) Idem, íd., entre 1943 y 1951.

viaje en que el deber y el deseo de conocer un poco más la vida superaron a otros varios sentimientos; y su piloto fué un amigo leal que supo interesarme a una labor nada corriente, y que me enseñó a sentirme *en casa* allá en la zona en que el avión se olvida de su peso y hace que se para sobre el mundo. Aprendí, en efecto, en esos días, a admirar el horizonte cara a cara, y a tener la fantasía necesaria para evitar monotonías. Todo era nuevo o imponentemente viejo. Me dejé llevar por los sentidos, y me pareció encontrar en lo más alto un vestigio del casi ya olvidado romanticismo. Y, ¿quién sabe? Si esa forma de hace un siglo llegó a sedimentar violentamente, ¿por qué su emanación no habría de haber subido un poco, y traspasado el ambiente humano? Siempre tuvo esa tendencia. Los primeros aviadores encontraron —junto al cielo— varios temas ya perdidos en la tierra, y creyeron —todos— que el sentimentalismo revivía. Pero su existencia fué truncada por la fuerza vertical, y pudieron más los *terre à terre* que nunca habían subido a la ventana de una torre. La vida de estos últimos fué larga; y, «por puntos», ganaron la pelea. El sedimento viejo fué barrido, y echado al agua; mas como aún se evaporaba su perfume, se recurrió a la hoguera comunista, y se logró la más completa anulación. La técnica dió fin al comentario, y el materialismo triunfó bárbaramente. Un resultado nefasto. Hoy, la novela es cruda, la metafísica se muere, el cine duele y el filósofo no gana; y, para sentir, es necesario aislarse. Hay que irse lejos de la vida, o de la que así se llama y que es la imagen televisista y radiográfica de escenas en que el tiempo ya no cuenta.

\* \* \*

Yo conocía Gran Canaria palmo a palmo, cuando me refugié en su cumbre. Buscaba en ésta la distancia: distancia vertical, únicamente.

Tejeda, en esa cumbre —está más alto que el avión que va de Gando a Tenerife. Está a 2.200 metros, y está lejos del mundo.

Su parador es obra de Néstor, y encaja a maravilla en el conjunto —volcánico y salvaje— que lo rodea. El paisaje es imprevisto e impresionante. Infinidad de sierras se entrecortan en diversas direcciones, dando lugar a encontronazos violentísimos y a cruces tan enrevesados como los de un mar que se ha estrellado

contra el rompiente, y rebota sobre sí. «Una tempestad de piedra», dijo Unamuno, al contemplar el panorama que aparece ante el refugio. Y no es posible dar una idea más clara de la impresión originada por tanta cresta y tanto remolino incomprensible.

De entre todo, el famoso roque «Nublo» se destaca a mucha altura. Sin duda, su dureza o consistencia es diferente a la de muchos roques más que han empezado a desmoronarse. Y es que las deformaciones producidas por los grandes seismos han dado lugar a diques o a paredones inclinados, que, a veces, surgen como aristas motivadas por un cierto abatimiento de la tierra.

Mirando a ratos y concentrándose después, la fuerza cunde. Al parador que hay en Tejada, deben algo de su vida varios trabajos sobre cosas no cercanas.

El lugar se presta a meditar y a componer. Pero, es necesario un complemento; y hay que irse hasta Vegueta —cuando hay bruma— en busca del preciso para trabajar con método.

\* \* \*

Allende el Guiniguada, las palmeras que dieron sombra al campamento del ilustre Juan Rejón (27) han desaparecido. El «real» ha sido reemplazado por diversas calles en cuyos palacetes hay escudos de los conquistadores de Canarias y balcones de madera semejantes a los que aún existen en la ciudad de Lima, en Arequipa y en el propio Cuzco. Por esas calles —o por la tierra en que más tarde se trazaron— paseó Colón hacia la ermita consagrada a San Antonio, en la que oró a su paso por Las Palmas; y tras la celosía de sus grandes ventanales, estuvieron muchas horas las mujeres y las hijas de los hombres que se apoderaron de la tierra que regían los guanartemes. Desde su refugio, tales damas contemplaban a los que iban y venían, y a los que se batían junto a la esquina. Comentaban en voz baja, o se callaban. Lloraban a menudo, pero en silencio. Los sollozos no se oían. Sus miradas no pasaban de la calle. No se reflejaban, como el sonido o las ondas electrónicas. Se morían, porque los ojos que miraban eran ojos de fantasma; y los fantasmas —que eran niñas y mujeres— lo ven todo sin mirar.

---

(27) Personaje turbulento y experto general que fué nombrado jefe de la expedición a Gran Canaria, en 1478, por la Reina Doña Isabel.

El día pasaba tristemente, y la noche era lúgubre. Pero, en nuestros años, el recuerdo de esa vida en la prisión de celosía ofrece mucho encanto; y esto ocurre porque los siglos se llevaron a los seres de ese tiempo, y sólo queda el alma, no de ellos mismos, sino de su propia esclavitud. Y esa alma sigue en los balcones adosados a los palacios de Vegueta.

Pues bien, casi en el centro de esa barriada está el Museo Canario; y una parte de él integra la biblioteca más completa de todo el Archipiélago. (Completa, sobre todo, en cuanto se refiere a libros sobre historia general de las Afortunadas, mas no en lo concerniente a estudios especiales sobre los aborígenes y la arqueología canaria.)

Simón Benitez conoce todos los rincones de esa curiosa biblioteca de Maffiotte. Es un geólogo notable y un personaje retraído, y sin embargo hablamos —cuando nos vemos— casi sólo de la historia de Canarias. Me ayuda a conocer las obras que están basadas en un famoso manuscrito redactado por dos frailes que vinieron con el propio Béthencourt —*Jean Boutier y Le Verrier*— y me enseña a interpretar la discusión habida sobre los ejemplares sucesivos del citado manuscrito. Este se refiere, por supuesto, a la campaña realizada en 1402. (En ese tiempo, Juan de Béthencourt, aliado y gran amigo de Gadifer de Sala, conquistó una parte muy importante de Lanzarote y Fuerteventura; y el territorio absorbido fué incorporado a la corona de Castilla.)

A consecuencia de ello, las buenas relaciones entre los dos comandos se enturbiaron; y, para vengarse —o aprovechando el desacuerdo—, el sucesor de Béthencourt hizo una copia del manuscrito en la que todo se amañó de modo que nadie conociera la participación de Gadifer en la conquista. La copia fué recopiada, y convenientemente retocada; y así los libros sucesivos cuentan cosas diferentes, y nadie sabe exactamente lo ocurrido. Se sabe sólo que hay versiones muy diversas; y cada cual defiende la que cree más verosímil o considera más fundamentada. Y, de resultas —o a propósito—, nadie pone en claro el verdadero origen de las imágenes sagradas que han aparecido en las Canarias. Ya he dicho que la Virgen de los Reyes, la de las Nieves, y las de Guadalupe y de la Candelaria, fueron encontradas por indígenas o por marinos españoles en las varias islas de occidente. Esto se sabe, y nada más. Ningún autor define el momento histórico en que fueron depositadas en las citadas islas.

Ahora bien, es lógico pensar que la excursión de Gadifer, llevada a cabo en ocasión de un largo viaje a Francia realizado por su colega, dió lugar al establecimiento de varias colonias comerciales, y a la instalación de sendas capillas dedicadas a María Santísima. Y que él hizo esa excursión, es evidente. La historia lo demuestra, a pesar de los esfuerzos realizados por el famoso Béthen-court. En cambio, esa historia no refiere la odisea de los franceses y españoles que ocuparon las colonias mencionadas; y sobre ella cabe mucho suponer.

Y si es difícil —casi imposible— averiguar la fecha en que llegaron a La Palma, a la Gomera, al Hierro, a Tenerife y a Gran Canaria, las imágenes que luego se han venerado tanto, ¿qué será preciso hacer para poner en claro los orígenes de las diversas poblaciones que existían en Canarias cuando las islas fueron descubiertas o entregadas a Castilla? Sin duda los estudios arqueológicos llevados a cabo por los Jiménez Sánchez, los Alvarez Delgado y los Luis Diego Cuscoy (28), dan cierta luz al gran problema de la etnografía canaria, y esa luz es más potente a consecuencia de las investigaciones lingüísticas de los Zyharz, de los Giese y de los Wölfel (29). Pero, a pesar de todo —y de los muchos que trabajan— la bruma insiste y cubre más de lo preciso, y los sabios no consiguen despejarla.

\*\*\* Volvamos, pues, a donde estábamos: a Vegueta, y a los libros.

La visita es larga e interesante. Junto a los manuscritos ya citados, se hallan las viejas ediciones de Abréu y Galindo, de los Millares y del notable profesor del Marqués del Viso, Don José Viera y Clavijo (30). Y como hay de todo, y Benítez tiene una

(28) Véanse los informes y memorias de la «Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas», publicadas en 1946, 47 y 53, y dirigidas por don JULIO MARTÍNEZ SANTA-OLALLA.

(29) *Die Kanarischen Inseln und ihre Unberwohner* (Leipzig, 1940), por el Doctor DOMINIK J. WÖLFEL; *Das Kanarische Berberish in seinem Sprachgeschichtlichen Milieu*, Wiesbaden, 1951, por el profesor ERNEST ZYHLARZ, y *Los estudios de las lenguas canarias de E. Zyhlarz*, La Laguna, 1952, por WILHELM GIESE.

(30) FRAY JUAN ABRÉU Y GALINDO: *Historia de la Conquista de las Siete Islas de Gran Canaria*, Santa Cruz de Tenerife, 1848; AGUSTÍN MILLARES: *Historia General de las Islas Canarias*, Las Palmas, 1882; JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia General de las Islas Canarias*, Madrid, 1772-83.

experiencia enorme, resulta necesario bucear a fondo en ese mar inacabable; y, a este fin, he de volver no pocas veces al Museo.

\* \* \*

Tanto da que hacer la biblioteca de Maffiotte, que, al otro viaje, me instalo a media altura.

Desde la terraza del hotel de Santa Brígida —en Tafira—, la vista es atrayente: palmeras e infinitas flores; y, detrás de las palmeras, muchas filas de montañas: unas, violetas y rugosas —allá en el centro, hacia Tejeda—, y otras, verdes y rientes, llenas de casas blancas y de manchas encarnadas. En efecto, hay mucho hibisco y mucha rosa, y masas de geranios que recubren las paredes o cuelgan de las tapias que protegen los jardines. Y, en las cercanías del hotel hay aún más flores; y, cuesta abajo, las flores siguen. A ambos lados de los caminos, hay cenefas que tienen por objeto contrastar con lo demás; y tan a fondo cumplen su misión que, a veces, el que pasa, no se entera de que hay flores que le dicen hacia donde ha de seguir. Las flores surgen sin que nadie se preocupe de plantarlas. Los chicos no las tocan, ni las miran. Los grandes no las riegan, ni se aperciben de ellas. Nadie las cuida; y, sin embargo, hay flores en todos los rincones. Las hay entre los árboles que llenan las colinas; y, junto a la costa, las sigue habiendo en los barrancos en que las plataneras crecen y se extienden hasta cerca de la mar.

\* \* \*

Cada mañana bajo a Las Palmas. Sigo el camino tan vivido por la pequeña Marta, de Carmen Laforet (31). Me arrastra una rutina diaria de papeles y visitas oficiales. Mas, luego, por la tarde, me encamino hacia otros sitios, a fin de conocer mejor las sendas y los pueblos que ya he visto. Y, en mis paseos, la visita a Telde y a Arucas se repite. Telde es vieja capital de Gran Canaria, y Arucas es la ciudad moderna. Esta tiene calles rectas y una plaza bien tenida, y en aquélla existe una capilla de otro tiempo y un retablo interesante. En Telde está la casa en que nació el Mar-

---

(31) La Isla y los Demonios, Barcelona, 1952.

qués de Muni, que es la reliquia más preciada por su gente; y Arucas ha crecido sobre un valle que produce muchos plátanos, y que es fortuna de la suya. Telde fué la residencia de los grandes guanartemes, y en Arucas viven los millonarios de nuestro siglo.

Pero no me detengo ya en las referidas poblaciones. Paso por ellas hacia Galdar y Agaete, algunas veces, o camino de Arinaga y Maspalomas, en otras ocasiones. De un solo sitio me escabullo, como huyendo de algo que me inspira cierto recelo, o cumpliendo una promesa. No pienso en la razón que me hace dar la vuelta para ir de Santa Brígida a Tamaraceite; pero el caso es que la doy frecuentemente sin percatarme de ello.

\* \* \*

Cerca de Santa Brígida, se halla, en efecto, la villa de Teror. Deseaba conocerla: mas simultáneamente retrasaba mi visita. La retrasaba sin razón, o por razones intangibles. La retrasaba a pesar de muchas amistades de personas que deseaban conectarme con la basílica. Y la retrasé —queriendo o sin querer— hasta que todo hizo explosión: un buen día me presentó a la Virgen, su Camarera —casi amiga de la infancia—; al siguiente, Matías Vega me enseñó las andas, la corona, los varios mantos y el retablo en cuyo centro está la imagen, y, el tercero, el Padre Socorro me llevó al archivo y me leyó los documentos principales.

A la puerta, en esa última ocasión, quise despedirme algo de prisa del inteligente cura-párroco; pero, él tenía mucho que decirme: mucho, y muy sabroso. Y el coloquio duró hasta el momento en que los chicos de Teror lograron reducir el círculo en que estábamos ya presos, y en que pronuncié el sabido «ya seguiremos otro día, Padre Socorro».

\* \* \*

En el archivo principal de la basílica, todo está en buen orden y debidamente expuesto. El Padre Socorro está contento de su cuidado, y sobradamente satisfecho del altisonante puesto que regenta y que de seguro considera el más satisfactorio para un canario que conoce sus deberes y está orgulloso de la historia de su Isla.

Falla solamente —y falta a la regla— un antiguo manuscrito que se halla carcomido y cuya letra es poco fácil de entender. Parece que los años se han cebado en él con más ahinco que en otros muchos códices o libros de su tiempo. Lleva, en efecto, un solo siglo protocolizado, pero su escritura es de hace tres. Y ésta es la causa de su deficiente aspecto; pues de haber estado siempre dónde y cómo se halla ahora, su grado de conservación sería distinto, y acaso el viejo documento serviría para el uso que le atañe sin obligar a utilizar la copia más reciente, que está también depositada en la parroquia.

El códice en cuestión tiene un valor inestimable. Es nada menos que la razón de ser —la «ejecutoria», podría decirse— de la iglesia de Teror, y, por encima de eso, la justificación del gran amor que los canarios sienten por su Virgen, María del Pino.

Lo que dice el documento, lo cree la gente. Es lo que cada cual oyó a sus padres y lo que éstos escucharon a los suyos, y lo que fué transmitido —en sentido histórico— desde que Nuestra Señora se presentó en el *pinus canariensis* que estuvo erguido frente a la capilla cuya ruina fué el asiento de la basílica de hogaño.

\* \* \*

El mencionado *pinus thaeae canariensis* en que la Virgen se apareció a sus elegidos de Teror, era un hermosísimo ejemplar de cincuenta varas de elevación y treinta y dos palmos de circunferencia, que destacaba sobre todas las coníferas que había en un jardín maravilloso.

Para su descripción, me paso al Padre Suárez (32) que dice lo siguiente: *Como a la mitad de su altura, dividiase —el Pino— en cuatro robustos gajos, dirigidos hacia los puntos cardinales; y en medio de ellos, por raro capricho de la naturaleza, habían nacido tres pequeños dragos, cuyas largas y puntiagudas hojas, entrelazándose, formaban una especie de hornacina, en cuya parte inferior había una lápida como de jaspe y en ella señaladas las huellas de unos diminutos pies, y junto a la cual crecían en todo*

---

(32) Los datos en cursiva de la presente narración están tomados de uno folleto llamado *El Arbol de la Virgen*, escrito por el canónigo don MIGUEL SUÁREZ MIRANDA y publicado en Las Palmas de Gran Canaria, en 1948.

*tiempo helechos y polipodios frescos y lozanos, como si regados fueran por cariñosas manos.*

Y, según la tradición o con arreglo a la leyenda, sobre esa lápida y en ese nicho solitario y perfumado fué donde se encontró la imagen de la Virgen, el 8 de septiembre de 1481.

\* \* \*

Del origen de esa lápida se sabe poco. La tradición pretende que sobre ella apareció la Santa Imagen y aun se dice que era del tamaño de una mano *en lo que va de la muñeca hasta el extremo de los dedos*, y que las huellas de los pies eran pequeñas. Pero ni es posible asegurar que la citada lápida fuera anterior a una posible aparición, ni tampoco que ella fuese colocada *a posteriori* para sostener alguna estatua que tuviese por objeto recordar lo acaecido. Lo único seguro —según los documentos conservados— es que la lápida existía, y que cuando se derrumbó el árbol sagrado, se la llevó un llamado Fernández Pérez, terrateniente del lugar y que alegaba, por lo mismo, tener derecho preferente sobre las cosas de la tierra en que el famoso pino había crecido. Y aun hay quien agrega —sin que esto pase de leyenda— que la lápida finó en poder de un capitán mercante que la perdió en la mar, junto a su nave, a causa de un furioso temporal.

\* \* \*

En tanto que el pino estuvo en pie, los terorenses y los forasteros que acudían a Teror, se beneficiaron de las ventajas ofrecidas por el mismo. Cuéntase, en efecto, que la infusión lograda con sus piñas hacía desaparecer las fiebres perniciosas; que la resina que manaba de su tronco era excelente contra las llagas y las úlceras malignas, y, en fin, que el agua que surgía de una fuente que se hallaba cerca de él, producía buenos efectos medicinales y era apreciada en los varios caseríos de los alrededores.

Como es lógico, estas ventajas produjeron mucho abuso. Hubo que defender el Arbol de la gente. Fué necesario amurallarlo para evitar que cada cual tomara un poco de resina o arrancara un trozo de corteza, o tirara piedras contra su copa a fin de

que cayeran varias piñas. Pero, a pesar de todo, no pocos aseguran que en su caída, que tuvo lugar el 3 de abril de 1684, tanta culpa tuvo el viento —que es muy duro cuando sopla en esa zona— como las pedradas de los chicos y los desmanes de los grandes.

\* \* \*

Volvamos, sin embargo, al documento; que su historia puede ser interesante para confiar en lo que se oye y en la tradición de los canarios.

Ante todo, en la portada se halla escrito: *Información rendida en abril y mayo de 1684, con motivo de haberse caído el pino en que apareció la Milagrosísima Imagen de Nuestra Señora de ese título.* Y si bien sabemos lo que dicen sus antiguos pergaminos —por haberlo ya transcrito—, y aun podemos recordar que el manuscrito fué compuesto y redactado por el cura y los capellanes de la que entonces se llamaba «la parroquia de Teror», ignoramos totalmente la suerte que corrió ese documento durante los primeros ciento y pico de años de su vida.

En efecto, la traza del curioso manuscrito no aparece hasta empezado el siglo XVIII. Las noticias más remotas que se tienen aseguran que se hallaba, en esa fecha, entre los libros pertenecientes al prebendado Don Andrés Romero y Suárez-Calderón, canónigo y arcediano de la Iglesia-catedral de Gran Canaria, sita en Las Palmas; y que cuando falleció este sacerdote, su biblioteca —y, con ella, el manuscrito— pasaron a su primo Isidoro, también Romero de apellido; y que, andando el tiempo, el nieto de éste la tenía; nieto que se llamaba de igual modo que su abuelo.

Pues bien, en tales circunstancias, un cierto Don Manuel Marro, capellán de la Virgen y buen amigo de ese último Romero, se tropezó un buen día, papeleando en casa de éste, con el manuscrito cuya historia presentamos. Se lo pidió a su dueño, y se lo llevó. Lo subió a Teror, y desentrañó su contenido con auxilio del terrateniente y coterráneo suyo Don Antonio de la Rocha y de un capitán llamado Don Agustín de Béthencourt. Mas luego el manuscrito con la copia pergeñada por los anteriores, pasó a poder de Don José de Rocha, hijo de Antonio y Coronel de las

Milicias de Canarias; y éste se apresuró a obtener «la autorización» de los citados documentos en la Curia Episcopal (33).

Todo entró, después, en la Diputación Capitular de Gran Canaria, y se incoó el expediente necesario para confirmar la autenticidad del manuscrito original. Las firmas de los que habían sido cura y capellanes de Teror en 1684, fueron cotejadas con auxilio de varios códices del siglo XVII que estaban archivados en la parroquia, y el dictamen fué emitido asegurando que esas firmas eran las de aquellos cuyos nombres figuraban en la información.

Para mayor seguridad, los documentos fueron entregados al antes nombrado capitán Béthencourt, para que, en unión de cierto notario, confrontara bien la copia, y sus páginas quedaran rubricadas. Y, esto verificado, apareció, por fin —en febrero de 1788—, una providencia del señor Obispo de Canarias aprobando las diligencias practicadas y mandando protocolizar ambos escritos y archivarlos en Teror.

\* \* \*

Aprendida esa lección —y cuando ya faltaba poco para el fin de mi mandato—, recibí el encargo de asistir oficialmente a la fiesta patronal de Gran Canaria.

Pasé en Teror de cuatro a cinco días, y creo inútil describir cada jornada. Hubo de todo, como en las otras islas. Los actos se prolongaron desde cada amanecer hasta la noche respectiva. Por vez primera, sin embargo, se celebró una romería en honor de Nuestra Señora (34). La Virgen del Pino fué agasajada por numerosos pueblos de la isla. De cada uno, vino un coro y una comparsa, y vinieron carros y carretas con presentes para Ella.

Después de mediodía, comenzó el desfile de los grupos concentrados. Estos se acercaban a la Virgen para presentarle un precioso baile, o simplemente para hacerle una profunda reverencia y dedicarle una oración. Al propio tiempo, le ofrecían la fruta, los borregos o las flores que traían; y, cumplida su misión, cada grupo se iba y cedía el paso al que seguía. Hubo mucha competencia en cuestión de trajes y de cantos, y en la forma en que cada pueblo o cada aldea honró a su gran Patrona. Hubo

(33) Era Obispo de Canarias, el Doctor Antonio Martínez de la Plaza.

(34) 10 de septiembre de 1952.

aplausos para todos, y lágrimas de muchos. Hubo un recogimiento inusitado, que duró hasta que surgieron las antorchas, y continuó hasta casi media noche.

Fué la última fiesta que vi en Canarias. Por eso, acaso, fué para mí la más emocionante.

\* \* \*

Al año, mi servicio terminó.

Me fui como quien huye. (Marché sin despedirme de las vírgenes canarias; y, en estas condiciones, no merecí una sola frase amable.)

Sentí una gran melancolía cuando el avión dejó su pista y —cara al Teide— inició un viraje espléndido. Y aún la sentí mayor cuando luego de volar sobre La Cuesta y Santa Cruz de Tenerife, entró en la masa densa que me borró Canarias.

Siempre lo mismo. Cuando las Islas Afortunadas no están envueltas en la bruma, es porque las nubes del Atlántico se han acogido a los barrancos y a las cimas, o porque la calina veraniega prepondera sobre la niebla de la época templada. Siempre hay algo que no deja ver las islas como cualquiera espera verlas, hallándose tan próximas al trópico; y ese algo inesperado es causa de mayores ilusiones cuando —al fin— la luz de mediodía se intensifica y arranca a todo unos colores que sólo existen en Canarias, pero también es causa de una profunda pena cuando el velo opaco surge antes de tiempo.

Y ese velo que aparece cuando el avión se encuentra a pocas millas de la tierra, es, acaso, el que entorpece la visión de los que deben otorgar lo merecido al Archipiélago.

Los canarios son patriotas. Ya he dicho mucho sobre este asunto en mi «Canarias en la Brecha». Son españoles cien por cien. Son españoles hasta el extremo de exigir al forastero que no mencione a España, si no es considerando en su conjunto la Península y su pareja de Archipiélagos. (Se llega de la Península o se regresa a ella, porque en España ya se está cuando se está en Canarias.)

El hecho —el gesto, mejor dicho— tiene de todo. Tiene algo de un complejo que no quiere disminuirse, y mucho de cariño o de un gran afecto a la Nación que cooperó a poblar las siete islas, y que les dió la vida que ahora tienen. Y, al afecto, con

afecto se responde. A ese gesto es necesario contestar con otro gesto semejante. Al mimoso, hay que mimarlo. Hay que hacer lo necesario para que el canario tenga la impresión de estar en la Península, más que en España. El viaje es corto; pero en nuestro tiempo no se miden las distancias en kilómetros o en millas, sino por horas o por miles de pesetas. Es necesario facilitar a todo el mundo los transportes. Hacen falta grandes subvenciones y mayores medios, tanto para visitar Canarias, como a fin de que el canario conozca toda España. Hay que evitar lo mucho que produce diferencias o intensifica el velo originado por la bruma.

Acaso sea difícil liberar al Archipiélago de los permisos especiales de importación y exportación. Pero sería fácil efectuar una revisión completa de los productos necesarios para activar la fabricación de los elementos accesorios de su industria agrícola.

Tampoco es cosa de otro mundo autorizar —en ciertos casos— el embarque de la fruta en naves extranjeras. Bien está la protección a los navieros españoles, pero hay circunstancias en que dicha protección produce inconvenientes nacionales. El plátano y el tomate no pueden aguardar eternamente sobre los muelles, en malas condiciones.

En fin, sería preciso evitar el paso de viajeros procedentes del Archipiélago por las aduanas de los puertos y aeropuertos peninsulares. Al canario, cuando llega de Canarias, se le trata como a quien llega de Inglaterra, de América o de Francia. De este modo, se le veja; y esta vejación es injustísima.

\* \* \*

Vueltas y más vueltas venía dándole a este asunto, cuando, en la noche oscura, surgió la feria madrileña; que no de otra manera cabe llamar al mundo de colores que aparece ante la vista, cerca de Barajas.

Nadie me esperaba; y, sin darme cuenta, abrí en la aduana mi equipaje y pasé el mal rato acostumbrado.

CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS